

TIERRA AGONIZANTE

peter kapra

PETER KAPRA

Tierra agonizante

Ediciones, TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez 151
Barcelona Buenos Aires

Portada: LÓPEZ ESPI

Primera edición: Diciembre 1972

Depósito Legal: B. 48.331 – 1972

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

Castor, Pollux en nef, astre crinite Apparaitra vers le Septentrion,
Non loin de Cancer, I'étoile chevelue.

Cástor y Pólux en nave, astro con
[crines
Aparecerá hacia ;Septentrión,
No lejos de Cáncer, la estrella con ca
[bellera.
(«Las Centurias», de Nostradamus.)

CAPÍTULO PRIMERO

En lo alto de la Torre de Sábrix, a doscientos diez metros del suelo y bajo la cúpula semiesférica y presurizada, un hombre vigoroso, de enérgicas facciones y mentón firme, que vestía un ajustado jersey de color azul prusia, con el escudo dorado de general, contemplaba con ojos entornados, casi duros, la extensa plataforma del cosmódromo y las astronaves metálicas, gigantescas, asentadas en sus silos subterráneos.

Ciento doce naves siderales, con capacidad para tres mil quinientos individuos cada una, aproximadamente, representaban la más inquietante aventura de la Humanidad, el viaje a la salvación o la muerte, en el desesperado intento de supervivencia jamás emprendido por el hombre.

El general Paam Nurvi llevaba nueve años preparando aquella operación de salvamento, dentro del recinto de la Base Sábrix, la isla de origen volcánico que emergió del Atlántico a principios del siglo XXI.

Todo cuanto se había realizado allí, durante aquellos nueve largos, tormentosos y difíciles años, lo había sido dentro del más sigiloso secreto, sólo conocido de los tres Principales Elegidos, y de un gabinete técnico superior, con sede en Cádiz (España), del que dependía directamente el general Nurvi.

Ni siquiera las diez mil personas que trabajaban en las instalaciones subterráneas de Sábrix, científicos, técnicos, astronautas, militares, o simples especializados, conocían el destino de las astronaves que, día a día, durante casi una década se habían

ido instalando sobre la plataforma central de la isla.

A su puerto artificial habían arribado, durante aquel tiempo, millares de buques, así como enormes aviones de transporte aterrizaron sobre las pistas de concreto asfáltico. De los vientres de buques y aviones, cientos de miles de toneladas de material pasaron a las instalaciones subterráneas, instalándose fábricas bajo el suelo, una ciudad fantástica, donde vivían hombres y mujeres que habían creado una curiosa sociedad, hospitales, estadios deportivos, salas de fiestas, escuelas, bibliotecas y hasta iglesias.

Paam Nurvi, de 39 años de edad, general oriental, era el artífice y coordinador de aquel extraño mundo de trabajo. Era coronel ingeniero astronauta, cuando le nombraron para aquella misión. Recordaba aquel ya lejano día, cuando el ministro Yabuki le llamó al Parlamento y le habló de Sábrix, nombre que, por aquel entonces, no significaba nada para él.

«—Los tres Principales Elegidos —empezó diciendo el ministro Yabuki— se han reunido secretamente en Jamaica y han decidido crear una base espacial secreta en Sábrix, que es una isla todavía no adscrita a ningún mundo.

El entonces coronel Nurvi pareció no comprender.

«—¿A quién pertenecerá, pues, la base?

» —A los tres mundo, coronel Nurvi. Una comisión mixta, con sede en Cádiz, colaborará directamente con usted y su equipo. Se pretende instalar cien naves espaciales, tipo "Long Range", con capacidad para tres o cuatro mil pasajeros cada una.

¡Aquello, en tal época, era mucho más de lo que Paam Nurvi podía imaginar siquiera!

«—¡Por la corona negra de Buda! —exclamó el coronel—. ¿Qué astronaves han de ser ésas?

—»Muy grandes, por supuesto. Pero se le facilitarán todos los medios. Dispondrá de técnicos de todo el mundo. Le suministrarán cuanto necesite; se lo aseguro. De momento, cuenta usted con una isla, de cinco mil kilómetros cuadrados, que es prácticamente inhóspita.

»Le repito que contará usted con todo lo que necesite para realizar su obra. Y el plazo que se ha fijado no excederá de diez años.

Operación a fecha fija, se dijo Paam Nurvi. Medios ilimitados.

Navegación espacial a larga distancia para casi trescientas cincuenta mil almas. Diablos rabudos y cornudos! ¿Qué, ocurre? ¿De qué han hablado los tres Principales? ¿Qué se avecina?

El coronel Paam Nurvi trató de indagar, pero se estrelló ante el inexpresivo muro del celoso y fiel Tanaika Yabuki, Primer Ministro del Parlamento Federal Oriental.

«—Lo siento, coronel Nurvi. No sé de qué se trata. Las órdenes son ésas. Se le ha elegido a usted como el más apto para llevar a cabo la operación, después de computar millones de fichas. Ni siquiera puede usted negarse. Si lo hiciera, sería electrocutado en menos de veinticuatro horas.

»No hay opción. Debe usted hacerse cargo de todo, sin replicar, y hacerlo lo mejor posible. No habrá explicaciones. Pero le advierto de antemano que no se escatimará nada de lo que usted exija o la comisión técnica solicite.

Paam Nurvi había dedicado a la gigantesca empresa nueve de los mejores años de su vida. Sábrix se transformó de isla volcánica e inhóspita en base espacial subterránea. Y, desde luego, el ministro Yabuki tenía razón. Jamás le negaron nada que pidiera para Sábrix. Por avión, si era urgente, o por transporte marítimo, le enviaron todo, empezando por personal técnico, cuyos sueldos eran los más altos del mundo entero, hasta la maquinaria y el material más perfeccionado.

Debido a la contaminación y polución atmosférica, fue necesario construir una ciudad subterránea, con dispositivos de renovación de aire artificial. Los túneles fueron horadando el subsuelo, formándose las naves destinadas a talleres de montaje y creándose los alojamientos para el personal que llegaba, seleccionado ya, de distintas partes del mundo.

Allí no se originó ninguna Babel, porque se exigía el dominio de la lengua inglesa o el español, idiomas éstos que eran los más difundidos en el mundo entero en la quinta década del siglo XXII.

El coronel Paam Nurvi, además del chino, su lengua nativa, por haber nacido en Pekín, aunque era de ascendencia indonesia, hablaba perfectamente inglés, español, francés, ruso, japonés y árabe. Con respecto a idiomas, las computadoras no encontraron un alto jefe, con título oficial de ingeniero astronauta, que dominara más lenguas.

Además, Paam Nurvi poseía increíbles conocimientos de otras materias, tanto relacionadas con su profesión paramilitar, como filosóficas, médicas técnicas y atléticodeportivas.

Cuando Sábrix llevaba cinco años trabajando bajo la infatigable tutela del coronel Nurvi, un día se presentaron, de improviso, ¡nada menos que los tres Principales Elegidos, con sus escoltas y sus colaboradores más allegados!

Nurvi fue avisado en el último instante y nada pudo hacer para modificar la impresión que recibirían los tres altísimos dignatarios mundiales. Sin embargo, a consecuencia de las explicaciones que facilitaron los científicos que trabajaban en la misión, el coronel Paam Nurvi fue ascendido a general

¡Y fue entonces, a raíz de aquella visita extraordinaria, cuando Paam Nurvi supo, por fin, cuál era el objetivo del titánico esfuerzo que estaban realizando en Sábrix!

—Siéntese, general Nurvi —dijo el ministro Yabuki, sonriendo —. Creo innecesario decirle que el Muy Honorable Kozo Kamura está muy satisfecho de usted.

—Lo sé —asintió Paam Nurvi, sonriendo y señalando su escudo dorado—. El ascenso lo atestigua. Sin embargo, no he hecho más que cumplir con mi deber.

—Hay muchas formas de cumplir con el deber, general Nurvi —siguió diciendo el ministro Yabuki—. Y por esto, debido a su celo y lealtad, me han autorizado a informarle acerca del propósito que se persigue con la labor que está usted realizando.

Tanaika Yabuki unió las yemas de, sus dedos, apoyando los codos sobre la carpeta de su regia mesa de trabajo, y entornó sus ojos oblicuos.

—Bajo severísima pena, no podrá usted revelar a nadie lo que voy a decirle, general Nurvi. Si trasciende esta información y se averigua que ha salido de usted, será ajusticiado.

—En tal caso, señor —replicó Paam Nurvi dignamente—, prefiero ignorarlo.

—Lo siento. Debe saberlo. Así me ha sido ordenado. Y debe usted jurar por su honor no revelarlo a nadie hasta que se le ordene. ¡Jure, general Nurvi!

Paam Nurvi se llevó la mano al distintivo de su empleo superior y declaró solemnemente:

—Juro, señor.

El Primer Ministro Tanaika Yabuki suspiró entonces y habló:

—General Nurvi, lamento decirle, que la Humanidad está llegando a su ocaso. Aunque los medios informativos no hablen de ello, por consideraciones de tipo político, la verdad es que el índice demográfico ha descendido considerablemente.

»Se cree que somos mil millones de seres los que vivimos en este planeta. Y no es cierto. Ni siquiera llegamos a cuatrocientos millones.

»Empezamos a carecer de aire, general Nurvi. Perdemos billones de toneladas de oxígeno, desciende el nivel de los mares, apenas llueve y los bosques mueren irremisiblemente.

»Los recursos naturales del subsuelo se están agotando. La "nitrosis" nos ataca y nos causa bajas elevadísimas que empiezan a no poder reemplazarse. Hay una severísima censura en los tres mundos en torno a eso y los médicos no pueden decir la verdad al pueblo, porque serían encarcelados y ejecutados.

»Créame, general Nurvi. La situación es crítica. Dudamos poder resistir cinco o seis años más.

Todo cuanto estaba diciendo el ministro Yabuki no era nuevo para el general Paam Nurvi. En realidad, no creía que fuera tan grave la situación. Aunque no era un secreto para nadie el que la Tierra había sufrido un catastrófico cambio ecológico en los últimos siglos.

Precisamente por ello, se habían construido las principales ciudades subterráneas, comunicadas entre sí por largos y espaciosos túneles; provistas de oxígeno artificial. Por la misma causa, se «fabricaba» agua por síntesis, partiendo del hidrógeno y el oxígeno, y se habían repoblado millones de hectáreas de terrenos yermos, con la esperanza de restituir al planeta su equilibrio vital.

Todo parecía haber sido inútil. Los informes que poseía el ministro Yabuki eran más exactos que los del general Nurvi. Y éste hubo de admitirlo.

—Las viejas teorías de Malthus llevaron a los gobernantes de siglos atrás al control de nacimientos, a guerras de exterminio y hasta el sacrificio eutanásico de millones de recién nacidos fuera de la ley —siguió diciendo Tanaika Yabuki—. Usted sabe que nacer es un privilegio extraordinario y sólo se permite tener un hijo a los

matrimonios que cumplen un exhaustivo formulario de requisitos.

»No queremos seres débiles, sino individuos fuertes físicamente, capaces de resistir las adversas condiciones de vida que la naturaleza nos ha impuesto.

»¿Ha oído hablar del profesor Richard Toole, verdad? Hace algunos años se le mencionaba mucho. No, no ha muerto. Trabaja en secreto para los gobiernos de los tres mundos.

»Pues bien, fue el profesor Toole quien puso fin a la esperanza, demostrando que el tiempo de vida que nos queda en este viejo planeta, cuyas condiciones ambientales se han vuelto inhóspitas, es de cinco o seis años.

—¿No hay margen de error? —preguntó Paam Nurvi.

—Ni el más mínimo —confesó Tanaika Yabuki—. Por eso el profesor Toole pasó a trabajar en secreto, mientras se reunían en Jamaica los tres Principales Elegidos y se convenía organizar el Proyecto «Liber», que consiste en planear la evacuación de una parte de la humanidad, previamente seleccionada, y enviarla a Nekrax.

Paam Nurvi sintió encogérsele el corazón al oír el nombre que pronunció el ministro Yabuki. Se trataba de un planeta descubierto hacía un cuarto de siglo por los miembros de una astronave exploratoria, situado en el sistema planetario Trevik, a una distancia de unos diez años luz del Sol.

—Sabemos que Nekrax es un planeta similar al nuestro, poblado de grandes animales salvajes, cubierto de grandes mares, ríos, montes y valles, y todavía virgen para el ser humano —siguió diciendo el ministro Yabuki.

—Sí —admitió Paam Nurvi—. Sabemos todo eso por el informe que nos envió la nave de exploración «Sincron-XX», de la que nada más se supo ulteriormente.

—Sí. Pero disponemos de otros informes más recientes que usted ignora, y que nos han sido enviados por una expedición enviada secretamente hace unos quince años. Nekra es habitable. Posee las condiciones ambientales que imperaban en la Tierra hace un millón de años. ¿Me escucha, general Nurvi?

De pronto, Paam Nurvi se había quedado pensativo. Estaba haciendo un cálculo mental. A lo sumo, se decía, la flota de cien naves supergigantes que se estaban construyendo en Sábrix

permitiría embarcar a trescientas cincuenta mil personas. ¿Y los restantes trescientos noventa y nueve millones y, medio?

—¡Pero las naves que construimos no permitirán el éxodo más que de una pequeña parte de la humanidad! —exclamó Nurvi.

—Precisamente, general Nurvi —dijo el ministro Yabuki—. Ésa es la razón del severísimo secreto con que se está realizando el Proyecto «Liber».

Paam Nurvi sintió como si todo el peso del planeta condenado acabase de caer sobre él. Se sintió angustiosamente anonadado.

—¡Es terrible!

—Y lo peor es que ni siquiera sabemos quién va a ser elegido para vivir. ¿Comprende? Usted ignora que en Washington, la «Fleet & Pearson Organization Ltd.» está realizando, desde hace cinco años, una selección de hombres y mujeres, en edades, comprendidas entre los diez y los cuarenta años, en tres grupos que abarcan edades entre los diez y los veinte, los veinte y los treinta y los treinta y los cuarenta, para ser enviados, en su día, a Sábrix.

—¿Y no estamos ni usted ni yo incluidos? —preguntó Nurvi.

—Yo no estoy en edad emigratoria, general Nurvi.

—¡Y yo estoy a punto de cumplir los cuarenta años!

—La selección que realizan esos americanos está garantizada, general Nurvi. Poseen estadísticas del último censo mundial y están clasificando numerosos antecedentes. Confiemos en la rectitud de esa selección, habida cuenta de que los técnicos de la «Fleet & Pearson Organization Ltd.» creen que se trata de crear un ejército mixto, masculino y femenino, con fines unionistas.

»Todo ha sido estudiado, general Nurvi. Los que vayan a Nekrax serán los mejores de nuestra sufrida raza. Los que queden…

—¡Morirán en poco tiempo! —exclamó Paam Nurvi.

—Al parecer, sin remisión, general Nurvi. —Hubiera preferido ignorarlo. No me siento muy jovial después de saber esto. ¿Por qué se me ha comunicado?

—El Muy Honorable Kozo Kamura piensa en ayudar a unos miles más de seres, si usted es capaz de aumentar el número de naves que deben estar dispuestas para el final de este lustro.

»Se teme que, llegado el momento decisivo, a pesar de la selección hecha por los americanos, sea preciso embarcar a personas "especiales".

—¡No espere usted que acceda a ello, señor! —exclamó el general Nurvi—. Creo haber comprendido que habrá privilegios excepcionales, indultos o escamoteos.

—¡El Muy Honorable Kozo Kamura no ha pensado, precisamente, en sí mismo! —exclamó Tanaika Yabuki altivamente —. Pero su innegable humanidad le ha hecho pensar en lo inevitable.

—Si se realiza un programa técnico y matemático, no pueden hacerse excepciones.

—¡Somos humanos!

—En este caso concreto, señor, el concepto humanista o humanitario debe dejarse aparte. Es la Humanidad, o una porción de ella, la que tiene en juego su supervivencia.

—De todas formas, general Nurvi, no le estoy ordenando que fabrique usted más astronaves, sino que, dentro del proyecto, sin alterarlo, podría construirse alguna nave más, para… sin reticencias, general Nurvi, ¡para lo que quieran los tres Principales Elegidos!

—¿Y si no lo hago, señor?

—Se considerará con desafecto su presencia en Sábrix, general Nurvi.

* * *

Paam Nurvi construyó ciento doce supernaves. Ya era imposible hacer más silos y colocar en su seno más naves.

Desde lo alto de la torre de vigilancia atlántica, podía contemplar el cosmódromo y ver las afiladas proas apuntando al cielo, surgiendo más de cincuenta metros del suelo y ocultando bajo tierra doble cantidad.

Eran «Long Ranges», con capacidad para tres mil cuatrocientas sesenta personas, a la espera de poder alojar hasta cuatro mil, improvisando cámaras y literas. En el peor de los casos, podía alcanzarse el medio millón de seres humanos, con un equipo técnico, industrial y científico para hacer frente a las necesidades del planeta en donde pensaban instalarse.

Se había contado con alimentación, aire artificial y agua para una prolongada navegación. Por tanto, durante años, las

tripulaciones no carecerían de nada.

Para los seres que quedasen en tierra ya no quedaba esperanza de sobrevivir. Cuando partiera la expedición, dirigida por la «Astral Queen», la Tierra sería un planeta agonizante.

CAPÍTULO II

Desde la cúpula semiesférica de la torre de Sábrix, el general Paam Nurvi descendió al piso inmediatamente inferior, donde estaba instalado el Servicio de Control y Vigilancia Exterior, dependiente del comandante Ives Martínez, quien, casualmente, se encontraba allí, ante la pantalla multidimensional, comprobando la identidad de un buque que había pedido permiso para entrar en el puerto de Sábrix.

Ives Martínez, un europeo moreno, bien parecido, de rostro inteligente y ojos oscuros, saludó militarmente cuando el general Nurvi salió del ascensor magnético.

—¿Alguna novedad, Martínez?

—Ninguna en particular, señor. El «City of London» pide permiso para entrar en puerto. Trae un cargamento con destino a «Z-8».

—¿Comprobado? —preguntó Nurvi.

—¡Archirrequetecomprobado, señor! —contestó el europeo con énfasis.

A pesar de no ser habitual en él, Paam Nurvi sonrió. Luego observó:

—Tengo motivos muy especiales para rogarle que extreme usted las precauciones de vigilancia, Martínez. Nadie, con el más mínimo pretexto, puede entrar en Sábrix. Tampoco se puede salir. No estamos en el mundo. ¿Me comprende?

—Hace tiempo que lo he comprendido, señor. Sea cual fuere el destino de las naves que se han construido y preparado aquí, el mundo debe ignorar siquiera que existen. Los buques y los aviones se han descargado siempre sin que las tripulaciones sepan del cosmódromo más de lo estrictamente necesario. Y así se ha cumplido siempre.

—De acuerdo, Martínez. Sé que sus hombres no cometen ni un error. No debí decírselo.

—Las recomendaciones sobre el cumplimiento del deber nunca están de más, señor —dijo Ives Martínez—. Yo le agradezco que me

las haga.

—Gracias, Martínez. Que entre el «City of London» y que sea descargado cuanto antes.

—Sí, señor.

Los dos hombres se saludaron, y el general Nurvi, enfrascado de nuevo en sus pensamientos, regresó al ascensor, en el cual descendió de la torre hasta el subsuelo. En el inmenso vestíbulo de acero y mármol, a cincuenta metros debajo del nivel del mar, en un enjambre de dependencias administrativas, donde se controlaba la vida y la organización de todo aquel complejo técnico, los agentes de la escolta de Nurvi, cuatro jóvenes gigantescos, uniformados y armados con proyectores ultravibratorios, le rodearon. Uno de ellos dijo:

—El ingeniero Doods ha insistido en verle, señor.

—Bien, Cyrille. Vamos allá.

Un automóvil eléctrico, blindado y de color blanco, aguardaba en la zona de aparcamiento. El general Nurvi y su escolta subieron al vehículo. Cyrille Sarinen, jefe de la guardia del general, tomó el volante. Al poco rato se deslizaban por una de las arterias subterráneas principales, hacia el corazón de la ciudad.

Una vez en su destino, Nurvi saltó del coche y, rodeado de sus hombres, penetró en una de las instalaciones técnicas más importantes del complejo.

Empleados de ambos sexos y de todas las edades, se pusieron en pie, dejando sus trabajos, cuando apareció el Jefe Máximo. Nurvi saludó con un gesto sencillo.

—Continúen, por favor… Sigan, sigan —manifestó.

Por todas partes, la luz artificial, semejante a la solar, iluminaba las dependencias. Todo era grandioso, moderno, sorprendente. El presupuesto empleado en la construcción de todo aquello era inconmensurable, y Paam Nurvi nunca tuvo queja de la comisión técnica gaditana, que le envió todo cuanto pidió.

En una amplia oficina se encontraba el ingeniero Joop Doods, uno de los cerebros responsables del Proyecto «Liber». Se trataba de un hombre joven, alto, que usaba lentillas azules y mostraba una expresión de amargura en los labios. Vestía el uniforme blanco del personal técnico, con su placa de identidad en el pecho, donde llevaba su fotografía.

—Hola, señor Doods. Me han dicho que quería verme.

—Sí, general. He recibido un mensaje de Cádiz. Lo envía el ingeniero Ismaka. Ahora se trata de instalar armas electrónicas en todas las naves, sustituyendo las anteriores de impulsión magnética. Me habla de no sé qué pruebas realizadas ulteriormente, y creen conveniente sustituir las viejas.

—¿Es muy grave el problema?

—¡Nos obliga a modificaciones extraordinarias! Y la verdad, no veo la utilidad de esas armas a bordo de las naves. ¿Realizarán misiones militares?

¡Cuidado, Doods! —advirtió Nurvi secamente—. El destino de las «Long Ranges» es estrictamente secreto.

—¡Pero modificar los dispositivos iniciales nos creará una pérdida de tiempo!

—¿Los han calculado en Cádiz? —preguntó Nurvi.

—Supongo que sí. Aunque últimamente no me envían datos. Prefieren proyectar por partida doble. Es cosa del nuevo Jefe Técnico, Ismaka, y aduce que ello nos evitará errores.

—Estamos dentro del plazo programado, Doods. Si es posible cambiar esas armas sin demora, hágalo. Si cree que nos pasaremos del tiempo, déjelo.

—No se trata de eso. Hay tiempo, espero. Pero me crea problemas.

—¡Cuando hayamos concluido, ya no tendrá usted más problemas, Doods! Mientras, acate las instrucciones…,. ¡Y procure sonreír! Se le paga extraordinariamente bien por su trabajo.

—¡Demasiado bien! —rezongó Joop Doods—. Ni siquiera puedo gastar todo lo que gano.

—Haga como muchos… ¡Juégueselo!

* * *

La exótica y escultórica Anghely Ahmed Ali, secretaria particular del general Paam Nurvi, de nacionalidad árabe y perteneciente, pues, al Tercer Mundo, entró en el cuarto de baño de su jefe, donde éste se encontraba envuelto hasta el cuello en espuma aromática.

A pesar de su sexo y condición A.A.A., como solía llamarla Paam Nurvi, no se recataba de la desnudez de su superior, al que ya

conocía de memoria tanto por dentro como por fuera.

Anghely Ahmed Ali tenía unas maravillosas piernas morenas, que ella se esforzaba en exhibir en toda su plenitud en toda ocasión, y a ello unía una cintura flexible, caderas abultadas, busto prominente, cuello esbelto, rostro moreno, estilizado, ojos enormes y rasgados y cabellera negra, lisa, reluciente, que se recogía en un moño o llevaba suelta, sobre el hombro derecho.

Paam Nurvi miró a Anghely Ahmed Ali y la reconvino con la mirada.

—Esto es íntimo A.A.A. ¡Estoy en el baño!

—No soy ciega, general. ¿Cree que me asusto?

—No es decoroso.

—¿Y qué? —replicó ella con soltura—. Hemos comido en el mismo plato, bebido en el mismo vaso y dormido sobre la misma alfombra. Sólo me falta una cosa, general.

—¡Olvídalo, descarada! ¿Qué quieres ahora? A.A.A. sonrió con gracia y señaló la tabla de notas que llevaba en las manos.

—Informe del comandante Ives Martínez… Ha capturado a tres espías en el «City of London», que se proponían lanzarse al mar y ganar la orilla a nado, a fin de introducirse en Sábrix de algún modo.

—Eso no es nuevo; A.A.A. A los periodistas de todo el mundo les desasosiega y tortura esta isla. Pero Martínez ya sabe cómo debe tratarlos a todos. ¿O quiere que se lo recuerde yo?

—Lo sabes, general. Lavado de cerebro, arresto y multa. Pero hay más… Una preciosa oriental.

—¿Qué dices? No hay diferencia entre un origen u otro.

—Esta chica se llama Marjie Yabuki. ¿No es un nombre raro el de Marjie para una japonesa?

Paam Nurvi dejó de frotarse la espalda con el cepillo y miró a la sonriente Anghely.

—¿Cómo has dicho? ¿Marjie Yabuki?

—Sí, la hermosa, atrayente, fascinante y afamada hija del Primer Ministro del Parlamento Federal Oriental, en persona.

—¿Es una de las espías capturada por los hombres de Martínez?

—Exactamente. A veces, general, me asombro de su clarividencia.

Paam Nurvi salió del baño de un salto. A.A.A. le envolvió en una

enorme toalla y se dirigió a la puerta, que había dejado abierta.

—Que la traiga, ¿eh?

—Sí. Llévala a mi despacho. ¿Ha hecho alguna declaración?

—Martínez no le ha hecho preguntas. La ha reconocido en el acto. Ella dice que quería echar una ojeada por aquí. Simple curiosidad.

—¿Y los otros dos?

—Americanos. Un informador de la W.C.B. y un reportero gráfico, con más cámaras ocultas en las ropas y en el pelo que guisantes entran en una ración corriente. Están incomunicados.

—Tápenle los ojos y los oídos a esa chica y que me la traigan dentro de cinco minutos.

—Sí, «poderoso jefe» —pareció burlarse Anghely—. Confío en no perder mi puesto ante los notables encantos de esa criatura. Yo soy la secretaria perfecta, estilo siglo XXII.

—¡Vete ya, pécora!

Anghely salió sonriendo, sin olvidar cimbrearse felinamente. Paam Nurvi sonrió. Le agradaba Anghely. Tenía pensado, para las horas finales que se avecinaban, llevarse a su secretaria a una finca entre hielos que poseía en las altas cimas del Himalaya. Allí podría vivir algún tiempo, con las reservas de oxigeno que había hecho instalar. Sería una despedida feliz. Quería que Anghely, como premio a su lealtad, fidelidad y abnegación por él, tuviera también un fin agradable. No le diría nada. Echaría una droga en su bebida, cuando fuera imposible seguir viviendo, y la joven moriría en sus brazos, sin darse cuenta de nada.

Después, él se dispararía un tiro en la cabeza.

¿No era lo mejor para ambos?

Sin embargo, Paam Nurvi tenía una secreta inquietud que le mortificaba. Había llegado a suponer que los técnicos de la «Fleet & Pearson Organization Ltd.» de Washington, podía elegir su clave, para formar parte de la expedición a Nekrax. Y también podía ocurrir que Anghely Ahmed Ali quedase excluida. Esto, que significaba la separación definitiva y total de ambos, descorazonaba a Paam Nurvi, que no era partidario del criterio del Muy Honorable Kozo Kamura, Principal Elegido de Oriente, humanista y humanitario, y, posiblemente, un cobarde ante el destino de la Humanidad.

¡Pero si los líderes políticos de los tres mundos pretendían hacer excepciones, después de la elección final, Paam Nurvi, como jefe del Proyecto «Liber», sabía lo que era necesario hacer!

Ahora, la inquietante presencia de una mujer tan conocida en el mundo entero como la fascinante hija del ministro Yabuki le presentaba otra dificultad que era preciso solucionar adecuadamente. Paam Nurvi ya sabía que con los altos dignatarios políticos no se podía actuar si no era diplomáticamente. Y el, por suerte, era un buen diplomático; no en vano había sido elegido para realizar aquella colosal operación.

Cinco minutos después, ya vestido y arreglado, Paam Nurvi estaba sentado detrás de su impresionante mesa de control, con todos los contactos cerrados. Anghely Ahmed Ali, por interfono, le anunció la presencia de la señorita Marjie Yabuki.

—Hazla pasar, Anghely.

La puerta de entrada se descorrió en silencio, apareciendo las dos mujeres en el dintel, frente al general Nurvi, el cual ya había visto a Marjie Yabuki en revistas, proyecciones cinematográficas informativas y pantallas de T.V. Sin embargo, la joven hija del Primer Ministro del Parlamento Federal Oriental era mucho más bella en persona, al natural, con su gracia viva y su magnetismo, que en los medios gráficos.

Y, por supuesto, aunque no valían comparaciones, Anghely Ahmed Ali quedaba ligeramente desdibujada al lado de la hechicera y majestuosa muchacha nipona, cuyos ojos almendrados daban un encanto avasallador a sus facciones, del que Paam Nurvi, oriental también, no pudo sustraerse.

—La señorita Yabuki —dijo Anghely, en cuyos labios flotaba una sonrisa conmiserativa.

—Pase usted. ¿Cómo la han tratado?

—¡Me han cubierto los ojos y los oídos! —exclamó Marjie, enojada.

—¿Qué hacía usted en el «City of London»?

—Viajábamos como polizones. Sergio, Jimmy y yo para echar un vistazo a la misteriosa Sábrix. ¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

—Soy el general Nurvi. ¿Acaso pensaba usted haber descubierto el misterio de las pirámides? ¿Por qué no se sienta?

—Prefiero más ver lo que hay aquí. Tal vez informe a mi padre.

—Su padre sabe perfectamente lo que hay en la misteriosa Sábrix, señorita Yabuki.

—¿De veras ¡Oh, entonces esto es mucho más misterioso de lo que yo creía, porque, a pesar de que mi padre no ve más que por mis ojos, jamás he conseguido arrancarlo una palabra de esto!

—No es usted la primera que siente curiosidad por nosotros, señorita. Debo admitir, empero, que sí es la espía más bella que hemos conocido aquí.

—¡Déjese de lindezas, general Nurvi! —exclamó Marjie, con desdén—. A mí no me impresionan esas cosas. Soy mujer como podía ser hombre. Para el caso es lo mismo. Donde está usted sentado puede haber una hembra. Y si yo estuviera en su puesto, no haría diferencia alguna entre los fisgones que hayan arribado a esta isla y mi insignificante persona.

—¡No es usted insignificante, señorita! —replicó Paam Nurvi.

—Bueno, usted me entiende, general. ¿Qué piensa hacer conmigo? Porque presiento que mi curiosidad quedará insatisfecha, ¿verdad?

—Por supuesto. Con otra persona cualquiera, actuaría según instrucciones. Arresto, lavado de cerebro y devolución al continente, a disposición de un juez. Con usted no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? ¡Escuche, general Nurvi; tengo veinticuatro años y más de la mitad he tratado de ser yo misma, sin vínculo alguno con mi respetado padre! ¡Nada! No lo he conseguido. Ésta es mi tragedia. Siempre sale mi apellido. La gente no comprende que mi padre es un ser que vive su vida, y yo soy otro, que anhelo vivir la mía.

—Lo siento. Hay cierta responsabilidad. Prefiero consultar con su padre.

—¡Soy mayor de edad, general Nurvi!

—Lo sé.

—¡Si llama usted a mi padre, le odiaré!

—Sus sentimientos no me afectan en absoluto —contestó Paam Nurvi sabiendo que estaba mintiendo—. Mi responsabilidad es más grande de lo que usted imagina.

—¡Por favor, enciérreme, hágame olvidar todo lo que quiera, pégueme o tortúreme, pero le agradecería mucho ser tratada como mis compañeros, el fotógrafo Jimmy Cradle y Sergio Penn!

—Lo siento. No puedo hacer eso… Y es, precisamente, debido a las circunstancias que rodean todo cuanto hay en esta isla. Sé que no puede usted comprenderlo. Quizás algún día sepa usted la causa de todo este secreto y entonces lo comprenderá.

—¿Tan importante es esto?

—Disculpe —dijo Paam Nurvi, desviando la mirada hacia la impasible Anghely, y presionando un conmutador al mismo tiempo —. Raymond, quiero comunicación directa e inmediata con el ministro Yabuki. Prioridad absoluta.

Marjie avanzó y se apoyó en el extremo de la mesa. Las lágrimas aparecieron a sus ojos al suplicar:

—¡Por piedad, general Nurvi! ¡Preferiría que me hiciera usted fusilar o electrocutar ahora mismo!

—Antes me ha dicho usted que era igual ser hombre o mujer —dijo Nurvi secamente—. No se contradiga, por favor. Un hombre no llora en casos como éste.

Marjie pareció recibir una sacudida de alto voltaje.

—Está bien, general Nurvi. Sea usted todo lo odioso e inhumano que quiera. Dígaselo a mi padre… ¡Pero no esperen de mí colaboración!

—Ni la espero, ni la deseo —dijo Paam Nurvi, sufriendo lo indecible en su interior al saber que Anghely captaba inexpresivamente todas sus emociones.

Por suerte, en la pantalla videofónica, de color natural, apareció el busto del ministro Yabuki.

—Hola, general Nurvi. ¿Qué ocurre?

—Hemos capturado a tres espías, señor. Uno de ellos es su hija Marjie.

El dignatario oriental entornó instintivamente los ojos. Luego, se los frotó con los dedos y musitó con voz cansada:

—Gracias, general Nurvi. ¿Qué quiere usted que haga?

—Me ha quitado la pregunta de los labios, señor.

—Cumpla estrictamente con su deber.

—No quisiera… Ella no deseaba que fuera usted informado.

—Sí, sí. Lo comprendo. ¿Puede permitirme hablar con ella un instante, general Nurvi?

—Sí, señor. Está aquí. La pondré en comunicación.

Paam Nurvi no esperaba el ataque de furia que dominaría a

Marjie, ni las incalculables consecuencias que ella iba a ocasionar. Cometió un terrible error al dejar a Marjie delante de su mesa-tablero, donde estaban todos los controles de Sábrix.

¡Y, en su furia, Marjie, empezó a conectarlos, golpeando el tablero, y causando el caos más espantoso en las comunicaciones!

CAPÍTULO III

Anghely Ahmed Ali sufrió una sorprendente caída al tratar de sujetar a la furiosa Marjie, cuyo dominio del «shorinji-kempo» y el «judo» era extraordinario. La misma suerte pudo correr Paam Nurvi, si no actúa de modo más drástico que su secretaria, agarrando a la alborotadora del cuello y presionando con terrible fuerza hasta que la joven japonesa dio evidentes síntomas de asfixia.

Luego, el general echó a su víctima al suelo, en el instante mismo en que Cyrille Sarinen y la escolta irrumpía en el despacho por una puerta privada.

¡Hazte cargo de esta fiera, Cyrille! —pareció ladrar Paam, que tenía la rodilla izquierda sobre el pecho de su jadeante presa.

Y mientras la escolta obedecía, Paam Nurvi se inclinaba sobre la mesa y trataba de ordenar los controles.

—¡Ha sido una alarma fortuita, Raymond! —empezó a decir Paam Nurvi—. ¡No ocurre nada, ingeniero Doods! ¡Un desajuste en mi control! ¡Sí, envíeme un técnico! ¡Ya basta, comandante Martínez! ¡No, no; lo arreglaré todo inmediatamente!

La comunicación con el ministro Yabuki había quedado interrumpida. Pero los operadores exteriores lograron retenerla, a pesar del caos ocasionado en todos los circuitos, incluyendo la «alarma roja» Así, el general Nurvi pudo, al cabo de unos minutos, conversar de nuevo con el padre de la causante del trastorno.

—Lo siento mucho, señor. Marjie no quiere verle a usted… Me ha causado un estropicio en los controles de mando.

—Comprendo, general. Esa hija mía es terrible. —Si desea hablar con ella, puedo meterla en una cabina de seguridad, señor.

—No, general; déjela. —En la pantalla videofónica, el semblante del ministro Yabuki aparecía alterado—. Es mejor que actúe usted con ella de acuerdo con las normas de seguridad.

—Así lo haré, señor —repuso Paam Nurvi secamente—. Será penoso para nosotros.

—Y también para mí. La gente no se repone fácilmente después de un tratamiento de ese tipo.

Y, sin embargo, hay algo que usted debería saber, general Nurvi —añadió el ministro Yabuki, tras una breve pausa—. Algo

sumamente importante.

—¿De qué se trata? —inquirió Paam Nurvi, comprendiendo por la expresión del otro su enorme lucha interior.

—No se lo puedo decir ahora. Se trata de las listas confeccionadas por la «Fleet & Pearson». Paam Nurvi acertó al decir:

—¿Está Marjie Yabuki en ellas?

En vez de responder, el ministro Yabuki asintió con la cabeza.

—En tal caso, si me lo permite, señor —habló Paam, sonriendo aliviado—. No someteré a su hija al tratamiento reglamentario. Idearé algo para convencer al comandante Martínez, y la mantendré encerrada hasta…

—¡Por favor, general Nurvi; eso es muy delicado! No podemos hablar ahora. Tenga una reunión con el Muy Honorable Kozo Kamura esta noche. Mañana o pasado recibirá usted órdenes concretas confeccionadas por la «Fleet & Pearson».

Aquello fue como si Paam Nurvi recibiera una cuchillada por la espalda. Se mordió los labios y comprendió que la situación era más delicada de lo que había supuesto.

—Entiendo, señor —dijo, apenas sin voz—. No haré nada hasta recibir esas órdenes.

—Se lo agradeceré mucho, general Nurvi. Ahora, adiós. Los acontecimientos se precipitan. Pronto recibirá instrucciones.

—Sí, señor.

Al cerrar la comunicación, Paam Nurvi quedó sentado, pensativo. Frente a él, Anghely parecía una esfinge. Cyrille Sarinen y sus compañeros habían sacado a Marjie Yabuki del despacho de Nurvi y la custodiaban a una salita adjunta.

—¿Malas noticias, general? —preguntó Anghely.

—Sí, A.A.A. Esto se acaba.

—¿Por qué?

Sin responder, Paam Nurvi se levantó y, con paso cansino, se dirigió a la otra estancia, donde dos hombres sujetaban a Marjie a una silla metálica. La joven japonesa estaba furiosa y trataba de soltarse.

—¡Déjenme, bastardos!

—Suéltenla... Salgan… Déjenme a solas con ella —ordenó Paam, vacilante.

Los hombres de Cyrille Sarinen obedecieron. Marjie, en vez de saltar sobre Paam, se mantuvo quieta en su asiento, mirando fijamente a su libertador.

Una vez solos y con las puertas cerradas, Paam se situó delante de la joven.

—Dentro de poco —empezó diciendo—, sabrá usted lo que es Sábrix.

—¿De veras ¿Ha hablado con mi padre?

—Sí. Ha podido usted causarnos un grave quebranto con su conducta. Por suerte, las medidas de seguridad de esta base son extraordinarias y mis subalternos han actuado con sensatez. Entre los contactos que alteró, había uno que, de no actuar yo a tiempo, habría significado la destrucción de Sábrix.

—Lo siento… He sido un poco impulsiva —confesó Marjie—. Y no crea usted que pretendo causar daño. Esto empezó hace algunas semanas, en un club de Nueva York. El corresponsal de la W.C.B., Sergio Penn, me habló de esta isla misteriosa. Sé bien que pretendían conseguir mi colaboración para escudarse en mi apellido. Pero me facilitaron mucho las cosas. Estaban en complicidad con un oficial del «City of London».

—Dejemos eso —declaró Paam secamente—. Aquí no preparamos un ejército secreto de invasión. Las guerras están muy lejos de nuestra época. La sociedad, por fortuna, está formada por tres grandes divisiones políticas y los gobiernos de los tres mundos colaboran estrechamente, sin secretos.

»Lo que hacemos aquí no favorece a un mundo, ni pretende perjudicar a los otros. Es una empresa colectiva, de dominio mundial…

—¿Le ha ordenado mi padre que me informe? —se sorprendió Marjie.

—No. Lo que voy a decirle lo saben todos los habitantes de Sábrix. Esto es un gran secreto. Si la dejo marchar y sale usted de aquí, se encontrará con numerosas personas que están trabajando en un proyecto de dimensiones mundiales. Nadie sabe el fin ni el destino de esto. No pueden saberlo. Pero cumplen su deber porque tenemos reglamento severo y estricto.

»Pero las circunstancias han querido que sea usted una de las personas que sabrán, a su debido tiempo, lo que significa Sábrix.

—¿Qué circunstancias? —inquirió Marjie, impaciente.

—Le ruego que no me haga preguntas. Su padre se pondrá en contacto conmigo mañana mismo. Necesitamos efectuar unas consultas. Después, el secreto la envolverá a usted también, engulléndola, como me ha engullido a mí, entonces… ¡que Dios tenga piedad de todos nosotros!

El acento grave y patético que había en las palabras de Paam Nurvi impresionó a Marjie, quien no supo qué responder.

—Ahora le ruego que permanezca tranquila. Será encerrada en una celda, incomunicada totalmente. Mañana iré a verla. Para entonces, habremos tomado ya una decisión.

* * *

Marjie se incorporó en su litera anatómica, dentro de la mazmorra de paredes lisas. Ni siquiera podía recordar en qué muro estaba la puerta. La litera giraba sobre un pivote central. La puerta carecía de rendijas. No existían puntos de referencia en ninguna parte. Además, antes de quitarse la venda de los ojos, le habían hecho dar vueltas en todos sentidos.

Ahora, el pañuelo negro y los adhesivos de sus orejas yacían en el suelo. Se los quitó ella misma al quedar sola. La voz del comandante Ives Martínez aún vibraba en sus oídos, filtrándose a través de una invisible ranura

—Quítese la venda de los ojos y las placas de los oídos. Si necesita algo, pídalo en voz alta. La luz se apagará y, cuando vuelva a encenderse, tendrá usted ahí lo que haya pedido. Le aconsejo que descanse.

—¿Dónde están mis compañeros? —había preguntado ella.

—No se preocupe de ellos. Están bien.

Marjie hizo más preguntas, pero al no obtener respuesta, y tras haber buscado incluso el lugar de donde procedía la luz que le permitía ver el lecho y su cuerpo, optó por tenderse. Habían sido muchas las últimas emociones de su aventura.

Sonrió al recordar los trucos de Jimmy Cradle para ocultar las cámaras fotográficas más insólitas. Un anillo, con una piedra falsa, escondía una valiosa miniatura de filmar. El reloj era otra cámara. Llevaba, además, una medalla, colgada al cuello, con una nueva

cámara. Y en la boca, simulando una prótesis dental, había otra cámara de foto fija y película ultransesible en color, susceptible de ser ampliada extraordinariamente.

Sergio Penn sólo llevaba una grabadora, dentro de una funda impermeable, que colgaba de su hombro. Pero su cerebro prodigioso era capaz de repetir la más complicada conversación, por técnica que fuera, que captasen sus oídos.

De nada les sirvieron a ambos sus trucos. Fueron sorprendidos en el falso camarote del «City of London». Los hombres del Servicio de Control y Vigilancia Exterior, mandados por el comandante Ives Martínez, les localizaron con sus «proyectores espectrales ultrasensibles». Les detuvieron y les condujeron a la isla, protegidos por una campana opaca.

Luego les separaron para interrogarles. Y Marjie ya no había vuelto a verlos. Pero se sentía un tanto defraudada. Ella podía salir bien librada de la aventura. Su padre ya había intervenido. ¿Y qué ocurriría con Jimmy y Sergio?

De pronto sintió apetito. ¿Por qué no pedir algo de comer? Tal vez supiera algo más de lo que sabía. Marjie era capaz de cualquier cosa, menos de permanecer cruzada de brazos, dando vueltas en torno a la litera anatómica, sin saber siquiera si las paredes eran luminosas, irradiaban luz uniformemente o se encontraba dentro de una «celda-lámpara».

—Oigan, ¿pueden oírme?

Escuchó, a la espera de una respuesta. Como ésta no se produjo, insistió,

—Tengo apetito. Facilítenme algo de comer.

A los pocos segundos, segundos, la celda empezó a sufrir un oscurecimiento paulatino y total. La luz sin origen se debilitó hasta que Marjie quedó totalmente sumida en las sombras.

Inmediatamente, empezó a dar vueltas, arrimada al muro. Pero una voz, que no era la del comandante Ives Martínez, sonó en la oscuridad:

—¡Quédese quieta en la litera! ¡No se mueva!

Resignada, Marjie se tendió en la litera. Pero sus ojos se movieron en todas direcciones, tratando de ver algo. No le fue posible, hasta transcurridos unos cinco minutos, en que la luz volvió lentamente.

Antes de ello, presintió que no estaba sola.

Primero vio a Anghely Ahmed Ali frente a ella, sonriendo. Después vio el carrito-bandeja, con todo lo necesario para comer y beber.

—¿Quién es usted? ¿Por dónde ha entrado? Anghely señaló con la cabeza.

—Por la puerta. Está ahí.

Marjie se incorporó y examinó el contenido del carrito bandeja:

—Hum! Hay casi de todo. ¿Esperan que me coma esto? —alzó la cabeza y clavó sus ojos grandes y oblicuos en la mujer de ascendencia árabe—. Siento haberla derribado. Estaba furiosa.

—No se preocupe. Me pilló por sorpresa. ¿Puedo sentarme aquí? —A.A.A. señaló los pies de la litera. Y como Marjie asintiera, continuó, una vez sentada y cruzadas las piernas—: Gracias… No me ha mandado Paam.

—¿Paam?

—El general Nurvi.

—¡Ah! ¿Quién es usted?

—La persona que más sabe de Sábrix, con excepción de Paam.

Marjie se puso en guardia, aunque procuró no aparentarlo. Tomó unos dulces y se escanció un vaso de licor de fresa, sin alcohol.

—Aquí se oyen fuera todas las voces.

—Lo sé —dijo Anghely—. Pero ahora no nos escucha nadie. Raymond es amigo mío.

—¿Qué cargo ocupa usted aquí?

—Soy la secretaria particular de Paam Nurvi. Llevo cuatro años con él. Su anterior secretaria se casó con un ingeniero y vive en C-12. ¿No se pregunta por qué he venido?

—No. Ya lo sabré, si debo saberlo. No me sorprenderé de nada. Se lo juro.

—Sus compañeros Penn y Cradle han empezado el tratamiento. Saldrán de aquí dentro de una semana. Regresarán a Nueva York y tendrán un penoso vacío en sus mentes que les hará pensar en algún grave delito cometido. Creo que es una tortura mental no poder recordar las cosas que una ha visto o hecho. ¿Ha leído usted «Vacío mental», de Harding?

—Sí —asintió Marjie—. Es impresionante el «recuerdo del

olvido».

—Con usted no se hará así —siguió diciendo aquella especie de esfinge medio oriental, con una enigmática sonrisa en sus sensuales labios—. Es una privilegiada.

—¡No me gustan los privilegios! ¡Mi padre es mi padre y yo soy yo!

—Sí. Pero aquí no vale. Hay más. Su privilegio es de otro tipo… Más selectivo o democrático. Usted ha sido elegida para ir en una de las naves que tenernos preparadas aquí, en Sábrix.

Marjie arqueó las cejas, sin comprender.

—La gente ignora eso. Pero yo no. Y por tal causa he venido a verla, contraviniendo las órdenes. ¿Puedo contar con su ayuda, si yo, a mi vez, la ayudo?

—¿Por qué no hablamos claro y nos entenderemos mejor? Las mujeres deberíamos estar más unidas. Pero los hombres nos separan siempre. Odiamos y amamos al unísono.

—Exacto. Amo al general Paam Nurvi —dijo Anghely en tono serio—. Si supiera que alguien pretendía arrebatármelo, mataría a mi rival, ¡o le mataría a él! No se asombre. Estoy aquí, ocupando el puesto que ocupo, por mi talento. No soy una chica cualquiera. Soy superior a mucha gente. Pero él es superior a mí. Valores reales, matemáticos.

Marjie sonrió y dijo:

—Yo no soy tonta.

—No hace falta que me lo diga. Me bastó verla. Sé que podemos entendernos.

—No veo cómo.

—Muy sencillo. Renuncie usted a Paam.

—¡Oh, cielos, qué absurdo! ¡Ni siquiera…!

—Sé lo que va a ocurrir. Usted se quedará aquí, en Sábrix. Yo me iré pronto. Y no me importaría, si Paam viene conmigo.

—Creo que yo no puedo hacer ni deshacer, señorita…

—Anghely Ahmed. Tengo influencia aquí para inmovilizar totalmente Sábrix… ¡Incluso para privar a la humanidad de su supervivencia!

—¿Qué está usted diciendo?

—Seamos realistas, señorita Yabuki. Usted sabe lo que quiero… ¡Quiero a Paam Nurvi al precio que sea!

—¿Y cree usted que yo me interpongo entre usted y él?

—Estoy convencida.

—¿Puedo saber la causa?

—Conozco a Paam. Pero hay más, y todo está relacionado con Sábrix y el proyecto «Liber», de lo que no puedo hablar a menos que…

Marjie empezó a centrar, por vez primera, sus confusas ideas. El instinto, más que la razón, le ayudó a percibir una inquietante verdad… «¡Incluso para privar a la humanidad de su supervivencia! »,

¿Estaba, pues, Sábrix relacionado con un proyecto secreto para salvar a la humanidad? ¿Secreto? ¿Por qué? ¿Era sólo una parte de la humanidad la que se pretendía salvar?

Las ideas germinaron como por generación espontánea. Y la grande e inquietante verdad se hizo luz… «Usted se quedará aquí, en Sábrix. Yo me iré pronto.»

El rompecabezas empezó a encajar. Marjie sintió miedo por vez primera en su vida.

—¿A menos qué? —preguntó Marjie.

— ¡A menos que renuncie usted a él previamente!

—¡Renuncio! ¡No me interesa ese hombre! ¿Qué tiene? ¿Segrega oro líquido?

Anghely sonrió y dijo:

—Voy a facilitarle la huida. Volverá usted a Nueva York en un avión supersónico. No verá jamás a Paam.

Marjie ingirió otro dulce y tendió la mano, diciendo:

—Trato hecho. El general Paam Nurvi sigue siendo suyo. Ahora, cuénteme todo lo que he venido a saber.

—No puede usted revelarlo a nadie. Si lo hiciera, sería castigada severísimamente y arruinaría la carrera de su padre. Aunque, a decir verdad, ya no importa nada. Y por eso hay que guardar el secreto… ¡El mundo está agonizando! ¡Las naves de Sábrix son para tratar de sacar de este planeta a cuatrocientas mil personas de constitución o mente privilegiada, a fin de transportarlas a otro planeta!

—¿Y las restantes

—Para ellas, la lenta agonía del enrarecimiento del aire, la locura, la muerte…Pero usted se salvará, porque ha sido elegida.

—¿Y usted no?

—No lo sé, ni me importa. Yo sólo quiero a Paam… ¡Y soy capaz de todo por retenerle, incluso soy capaz de malograr la última esperanza de la humanidad!

CAPÍTULO IV

Desde la cabina del avión, volando sobre una escasa y enrarecida atmósfera, el general Paam Nurvi estaba contemplando la superficie del planeta condenado, donde el verdor de los bosques había sido desaparecido, ofreciéndose el desolado y amarillento espectáculo de la esterilidad, el abandono y la destrucción erosiva.

¡Ruinas de grandes ciudades, cubiertas de polvo, de óxido y de basura!

Bajo algunas de aquellas urbes, existían mansiones subterráneas y seres que trabajaban, iban y venían por túneles, sin perder la esperanza, confiando en la sabia Naturaleza y en el cambio ecológico.

Paam Nurvi sabía lo que pensaban aquellos hombres y mujeres privados del sol natural. Muchos creían que la Tierra, y todo el Sistema Solar, estaba atravesando una región inhóspita del cosmos, en su eterno viaje sideral. Aquel tránsito cósmico no podía durar mucho. Las adversas condiciones meteorológicas tenían que cambiar, aunque ya duraban casi un siglo y no se veía mejoría alguna.

Otros seres se habían adaptado a las condiciones subterráneas, a la escasez de agua, al aire enrarecido y mortal que tantas víctimas ocasionaba y que despoblaba los refugios artificiales del hombre bajo la tierra. El ser humano, en su interminable lucha contra el medio adverso, sufría estoicamente su martirio, aceptándolo como inevitable.

Era preciso vivir de algún modo. A los pocos niños que nacían, se les facilitaba todo lo necesario para que pudieran vivir, aun a costa de suprimírselo a los mayores.

Como ley de supervivencia, se aceptaba el derecho del más joven, del más fuerte o del mejor dotado. Sin embargo, la mortalidad continuaba a ritmo creciente.

Y precisamente ésta era la causa del viaje inesperado del general Paam Nurvi a Pekín, donde el ministro Yabuki le había llamado con suma urgencia.

Aquella mañana temprano, Anghely Ahmed Ali entró en el aposento de Paam, despertándole antes de tiempo.

—Llamada del Parlamento Federal Oriental, Paam.

—Eh, ¿qué ocurre?

—Allí te lo dirán. Toma tu avión y sal a toda prisa. Es importante.

Era importante, en efecto. Con la impresión de un mundo muerto ante sus retinas, Paam Nurvi dejó atrás Europa, ¡la vieja y cansada Europa, de los ahora prados amarillos y ríos encenagados y casi secos!, para sobrevolar un Oriente Próximo todavía más estremecedor.

Pudo presenciar, desde gran altura, un devastador incendio, en la región fértil de Rusia, donde habían luchado más, tiempo atrás, para conseguir una repoblación forestal que de nada habría de servir, a pesar de que cada árbol, según «negras» estadísticas, había costado una vida humana.

Por fin, el avión de retropropulsión inició el descenso, a más de cuatro mil kilómetros por hora, para luego aminorar la vertiginosa velocidad paulatinamente y deslizarse sobre la pista de asfalto sintético del aeródromo de Pekín.

Cuando el aparato se detuvo, Paam Nurvi y sus acompañantes, ya tenían puestas las máscaras de oxígeno que debían respirar al salir del aparato y mientras estuvieran al «aire libre». Luego, en el interior de la ciudad subterránea, habría de inhalar el aire que hubiera allí y que no sería, indiscutiblemente, como el de Sábrix o el de sus botellas.

Le estaban esperando en un «bólido» aerodinámico, de propulsión eléctrica. Paam Nurvi fue conducido directamente al Parlamento, donde se dirigía la política del mundo oriental.

El inquieto, nervioso e impaciente Tanaika Yabuki se paseaba en su amplio y moderno despacho, cuando un ayudante anunció la llegada del general Nurvi.

—¡Que pase y no nos moleste nadie, Chang! —exclamó el padre de la inquietante Marjie, sentándose detrás de su mesa.

—Sí, excelencia.

Paam Nurvi entró solo. Saludó militarmente, llevándose la mano derecha al escudo con el distintivo de su mando, y luego se acercó para estrechar la mano que le tendía el ministro.

—Siéntese, general Nurvi. Le agradezco su premura. ¿Cómo está mi hija?

—Anoche la dejé confortablemente, en su celda. No se le ha privado de nada. Incluso pidió un baño y la sacamos de su encierro para concedérselo.

—No le he hecho venir por Marjie, general Nurvi.

—Usted dirá.

—Ya le dije que tenemos las listas confeccionadas por la «Fleet & Pearson». Pues bien. Una vez estudiadas por nuestros técnicos, creemos que se nos ha traicionado.

Paam Nurvi se envaró en su asiento.

—¿Qué quiere usted decir, señor?

—Según el acuerdo de Jamaica, se decidió seleccionar trescientas cincuenta mil personas, entre los habitantes de los tres mundos, en un porcentaje proporcional para cada mundo. Se dijo que tales grupos formarían un ejército de tipo internacional, altamente cualificado, para la uniformidad de la fuerza pública.

»Sin embargo, los americanos han seleccionado un cincuenta por ciento de su propio país. Han dejado un veinticinco por ciento a Eurasia y otro veinticinco para África. Han alegado en su informe que los coeficientes psíquicos americanos son muy superiores a los nuestros y era forzoso incrementar el número de los superdotados en detrimento de los menos dotados.

»Por supuesto, el Muy Honorable Kozo Kamura ha protestado enérgicamente. No estamos dispuestos a consentirlo. El esfuerzo desarrollado en Sábrix ha sido común. Y, si es necesario, romperemos los pactos y nos apoderaremos del cosmódromo. Por suerte, usted es un general oriental, y eso nos favorece.

—Por supuesto, señor, yo estoy a las órdenes de usted —dijo Paam Nurvi—. Pero creo que…

—¡Hay más pruebas de la mala fe de esos americanos, general Nurvi! —añadió Tanaika Yabuki, quien no podía ocultar la contrariedad y el enojo que le dominaba—. Al comprobar que de nuestro mundo sólo se habían seleccionado unas ochenta y ocho mil personas aproximadamente, hemos comprobado que más de la mitad habían fallecido ya. ¿Entiende lo que esa significa, general Nurvi?

—¡Algo espantoso, señor! —exclamó Paam.

—¡Exacto! Es forzoso creer que los técnicos de la «Fleet & Pearson Organization Ltd.» estaban aleccionados previamente, y

que de algún modo han conseguido nuestras listas demográficas, con las que se han ayudado a «seleccionarnos».

»Lo descarado del caso es que figuran en esas listas personajes relevantes de nuestra política gubernamental y administrativa, como seleccionados para ir a Nekrax. Esa "consideración" es terriblemente acusadora y revela la mala fe con que hemos sido tratados.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —convino Paam Nurvi—. Sin embargo, ¿qué podemos hacer?

—El Parlamento ha decidido romper las relaciones con América, y si llega el caso, también con África. Sábrix está bajo su tutela, general. Usted relevará de su cargo a todo el que pueda oponerse a nuestros legales designios, y colocará en su lugar a nuestros fieles colaboradores. ¡Sábrix es nuestro! ¡Lo protegeremos por mar y por tierra de nuestros desleales aliados, y será utilizado para salvar a nuestro pueblo!

»El Muy Honorable Principal de Oriente, Kozo Kamura, me ha rogado comunique a usted su nombramiento de Mariscal y Jefe Supremo de la Flota Espacial de Sábrix, por lo que queda nombrado jefe de la flota que llevará las "Long Ranges" a Nekrax.

»Nosotros le acompañaremos en el viaje, mariscal.

Paam Nurvi sintió helársele la sangre en las venas al conocer aquellas noticias, cuyo sentido oculto delataba una de las mayores tragedias de la historia del hombre sobre la Tierra.

¡La humanidad agonizaba y los hombres intrigaban desesperadamente por lograr su propia salvación, a costa del sacrificio de los demás, de sus aliados!

—Esto será la guerra, señor —musitó Paam Nurvi.

—¡Inevitablemente! —replicó Tanaika Yabuki con solemnidad —. Y desde ese aspecto está actuando, ya nuestro Gabinete de Defensa. Hemos de anticiparnos a la acción americana. Hay que defender Sábrix por encima de todo. Creemos que a ellos tampoco les conviene la destrucción de las naves.

»La gestión diplomática que se realiza en la actualidad, muy intensa, sólo tiende a entretener al contrario y ganar tiempo. Nos ha pillado algo por sorpresa esa selección desleal. Los americanos debían sospechar nuestra reacción y habrán ideado algún truco para doblegarnos. Sospechamos ya cuál puede ser.

»Sin embargo, mientras se toman las medidas principales, usted debe poner Sábrix en nuestras manos.

—Sí, por supuesto, señor —dijo Paam, disgustado interiormente —. He trabajado con lealtad durante casi diez años, creyendo ayudar a la causa de la humanidad.., ¡Es decepcionante llegar a estos lastimosos resultados!

Parecía estar acusando al Parlamento Federal Oriental, porque, en realidad, Paam Nurvi no estaba seguro de la veracidad de Yabuki. Por un instante, y debido a, la presencia de Marjie Yabuki en Sábrix, llegó a sospechar que le estaban haciendo pasar por cabeza de turco. Todo lo que Yabuki había contado bien podía ser una fábula y el engaño lo estuvieran haciendo los orientales a sus aliados, los africanos y americanos. ¿Por qué no?

La partida estaba próxima. Unos meses más y las naves despegarían, abandonando este planeta. ¿No valía una traición el salvar a medio millón de altos dignatarios orientales?

Éstos eran los pensamientos que fugazmente habían asaltado al nuevo mariscal. Pero la sensatez se impuso. Aunque fuese cierto, él no debía, ¡ni siquiera podía!, poner en duda las palabras del Primer Ministro.

—¿Qué es, pues, lo que debo hacer, señor? —preguntó, tratando de conservar la serenidad.

—Volver a Sábrix inmediatamente y esperar nuestras órdenes. Utilizaremos un mezclador de cifra, tipo «Hook», para no ser interceptados. ¡Usted no recibirá más que órdenes nuestras!

—Sí, señor.

* * *

Durante el rápido viaje de regreso Sábrix, Paam Nurvi no logró apartar de su mente la visión aterradora de la guerra. Estaba seguro de que los antiguos depósitos de proyectiles atómicos estaban siendo desenterrados, comprobadas las cargas y acondicionados los conos mortíferos y aniquiladores.

Un sólo cohete gigante podía acabar con el esfuerzo de diez años de trabajo en Sábrix y con la última esperanza de salvación de la humanidad.

«¿Por qué no se acordó en Jamaica construir naves para toda la

humanidad y no permitir que pudiera suceder esto? —pensaba Paam, angustiado—. ¿Es que, acaso, ya en aquel momento inicial, con la espada que suspendió el profesor Toole sobre los tres Principales Elegidos, se actuó con engaños? ¿Quién lo inició?»

Paam Nurvi, en cierto modo, creía estar sirviendo a la justa causa de la humanidad. Para él, en Sábrix, se habían acabado las fronteras políticas. La colaboración que obtuvo de todos fue internacional. Por tanto, su obra no era exclusiva de Oriente.

Ahora, en cambio, por ser un general oriental, se le pedía lealtad a su Principal Elegido, y él no podía negarse; de lo contrario, las leyes militares caerían sobre él con todo el rigor y la inclemencia que les eran habituales.

Se le «captaba» con el nombramiento de mariscal, título que nadie había alcanzado en el ejército desde hacía más de ciento cincuenta años. Era el premio a su colaboración, la dádiva generosa, ¿o se trataba de un cohecho, un soborno o el precio a su traición?

En estas lacerantes dudas, Paam Nurvi regresó a Sábrix, donde fue acogido como si nada ocurriera. Halló muchas comunicaciones, muchas fichas, informes, datos y cosas, esperando su regreso. Y la más importante, por su trascendencia, ¡la huida de Marjie Yabuki de su encierro!

Fue el comandante Ives Martínez quien, desde la plataforma exterior hasta su despacho, por ascensores y túneles, le informó de la evasión:

—He hecho arrestar a la guardia. Sé que hay complicidad. Esa chica no ha podido salir de su celda sin ayuda de los técnicos de vigilancia.

—¿Ha salido de Sábrix? —quiso saber Paam.

—Lo ignoro, señor. La estamos buscando sin resultado.

—¿Qué aviones o buques han salido de aquí?

—Ninguno.

—Entonces, está en Sábrix, comandante. ¡Hay que buscarla y hallarla! ¡No quiero excusas!

Paam debía reunir inmediatamente a los más altos jefes militares y técnicos. Todavía pensaba en la forma de plantear la situación. Sabía que naves orientales ya se habían situado a gran distancia, en torno a Sábrix, para interceptar cualquier clase de ataque. Su avión pudo traspasar la barrera porque se identificó plenamente. Pero

ningún otro aparato, marítimo o aéreo, podría hacerlo.

Además, habían altos ingenieros americanos y africanos en Sábrix. Anghely Ahmed Ali, sin ir más lejos, la eficiente secretaria que tanto significaba en su vida privada, era africana. ¿Cómo aceptaría la situación?

La única ventaja que Paam Nurvi tenía a su favor era que nadie conocía el verdadero destino de las naves que aguardaban, ya casi listas, en el cosmódromo. Estaba autorizado para revelar aquella importante noticia. Todos los que aceptasen colaborar con él, gozarían del privilegio de formar parte de la expedición a Nekrax. Pero si alguien se negaba por escrúpulos de conciencia debía ser arrestado inmediatamente.

—Busque a Marjie Yabuki, comandante Martínez. Luego, quiero verle en mi despacho.

—¡No puedo estar en dos lugares a la vez!

Sin vacilar, Paam Nurvi rectificó:

—A las cinco en punto en la sala de reuniones técnicas. Lleve una guardia de cien hombres.

—¿Ocurre algo grave, general? —preguntó el europeo, arqueando las cejas.

—Sí, gravísimo —respondió Paam, mirando al jefe del Servicio de Control y Vigilancia Exterior—. A cien millas, en torno nuestro, y por tanto fuera del alcance de nuestro control de vigilancia, hay una auténtica flota aérea que pronto se convertirá también en marítima, para formar un compacto bloqueo de protección.

—¿Qué es lo que se teme?

—Luego lo sabrá, comandante.

Anghely Ahmed, tan voluptuosa como siempre, se encontraba en su despacho esperándole. Sonrió y fue tras él, haciendo que la escolta se quedase sola, fuera, aguardando.

Trató de besarle, como solía hacer con frecuencia, pero él la rechazó fríamente y fue a sentarse detrás de su mesa.

—Siéntate, Anghely. Hemos de hablar muy seriamente.

Ella no se inmutó. Supuso inmediatamente que Ives Martínez había encontrado a Marjie Yabuki y ésta había hablado.

—¿Qué ocurre, Paam? —preguntó con voz débil.

—Tú sabes bastante del Proyecto «Liber». Quiero conocer tu opinión acerca de lo que es correcto y lo que no lo es, relacionado

con este asunto.

Anghely vio despejado el cielo. Él no se refería a Marjie. No era, por tanto, de ella de lo que quería hablarle. Su preocupación debía estar relacionada con el súbito viaje a Pekín.

—Habla, Paam.

—¿Admitirías que un grupo de privilegiados, abusando de sus altos cargos, quisiera apropiarse del Proyecto «Liber» y utilizarlo en su beneficio, dejando aquí, en esta tierra maldita, al resto de una humanidad condenada?

Anghely crispó los puños y replicó:

—¡No, yo no admitiría eso! ¡Jamás! ¡Los privilegios quedaron abolidos hace años!

—Parece que algunos se proponen instaurarlos.

—¿Y volver a la ruina, al odio, a la guerra del pasado?

—Puede que no la haya. Podría ser un ataque súbito, a traición, desesperado, que acabase con las más importantes ciudades subterráneas del mundo.

—¿Por qué?

—¡Para acudir luego aquí y apoderarse de las naves que hemos construido!

—¿Quién se propone hacer eso?

—Uno de los tres Principales Elegidos.

—¡Yo soy capaz de destruir todas las naves antes de que tamaña perfidia beneficie a gente tan sórdida!

—Estaba seguro de que dirías eso, Anghely. Gracias por tu punto de vista. Ya sé cómo debo actuar. Es una suerte que la mujer que amo piense igual que yo.

Anghely se sintió un poco culpable al oír aquello. Paam Nurvi la amaba. No importaba que Marjie Yabuki, fuera más bella, más inteligente y de ascendencia más importante. Todo lo que imaginó carecía de fundamento.

Pero ¿cómo confesarle que fue ella la que sacó a Marjie de su encierro y la ocultó luego en su propio alojamiento?

—Liberaré también a sus compañeros —había prometido Anghely—. Y volverán juntos a los Estados Unidos…

Anghely estaba dispuesta a cumplir su promesa.

CAPÍTULO V

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Jimmy Cradle, mirando a la mujer que había aparecido, de súbito, junto a su litera anatómica.

—¡Sígame! —ordenó Anghely secamente—. No pierda ni un segundo. Marjie Yabuki y Sergio Penn le aguardan.

El fotógrafo se levantó. La luz era tenue, pero permitía ver perfectamente. Salieron a un angosto pasillo, sobre cuyo pavimento yacía, inconsciente, uno de los centinelas encargados de la vigilancia.

—¿Quiere usted ayudarnos? ¿Por qué lo hace?

—Eso es asunto mío —repuso Anghely.

Llegaron al extremo del pasillo. Allí, adosados al muro, conteniendo el aliento, se encontraban Marjie y el corresponsal de la W.C.B., Sergio Penn, esperándoles.

Los tres amigos se estrecharon la mano, mientras Anghely les indicaba una puerta metálica que acababa de abrir. Entraron, y Anghely cerró a su espalda, encendiendo luego una luz. Se encontraron en una estancia de donde partía un túnel circular, de un metro de diámetro aproximadamente, que se perdía en la oscuridad.

—¿Dónde va a parar esto?

—Pronto lo sabrán. Comunica con un antiguo canal de extensión submarina, donde encontrarán equipos de inmersión, cabina sumergibles de trabajo, con motores, y todo el material que se empleó hace tiempo para perforar túneles bajo el agua.

»No puedo entretenerme con ustedes. Tengo que regresar a mi puesto. Pronto ha de celebrarse una importante reunión a la que debo asistir.

—Pero, ¿por qué hace usted esto? —preguntó el pelirrojo Cradle, antes de entrar en el túnel, volviéndose a Anghely.

—Yo soy la razón —habló Marjie, con voz extraña—. No os preocupéis. Mi nombre tiene valor aquí.

—Hay algo más que deseo que hagan —observó Anghely—. Quiero que regresen a Nueva York y expliquen lo que estamos haciendo aquí.

—¡Pero si no sabemos nada! —prorrumpió Sergio Penn.

Anghely Ahmed Ali tomó la mano de Marjie y la llevó por el interior del túnel, agachándose para poder pasar.

—Marjie Yabuki sabe que esta base está destinada a salvar una parte privilegiada de la humanidad, que vendrá aquí dentro de unos meses, para embarcar hacia un lejano planeta llamado Nekrax.

»Este proyecto se decidió en una conferencia de los tres Principales Elegidos, que se celebró en Jamaica, hace nueve años. El coronel Nurvi fue elegido para realizar el proyecto y ascendido a general por méritos.

»La situación ha cambiado ostensiblemente, a medida que las condiciones ambientales de la Tierra empeoran y la "nitrosis" diezma a los habitantes de las ciudades subterráneas.

»En principio, se decidió que una empresa norteamericana, desconociendo la finalidad del encargo, clasificaría a las personas idóneas, entre diez y cuarenta años. Se les dijo que se pensaba organizar una especie de ejército internacional de salvación, con no sé qué fines de supervivencia.

Al parecer, la realidad es que en América arrimaron el ascua a su sardina y ahora los orientales están furiosos y dispuestos a apoderarse de Sábrix en su propio beneficio. De ahí a la guerra internacional no hay más que un paso.

»Sábrix se defenderá como la última tabla de salvación del hombre. Nadie quiere que esto sea destruido, sino todo lo contrario. Pero tres mundos se disputarán la supremacía.

»Según informes que acabamos de recibir, hay una gran flota aérea protegiendo Sábrix, que ha sido enviada por el Parlamento Federal Oriental. Se supone, además, que América y África intervendrán y esa flota será atacada.

—¿Es cierto todo eso? —preguntó Marjie, deteniéndose.

—¡Sí, lo es! ¡Por eso quiero que tomen ustedes una de las cabinas de inmersión y se alejen de aquí al amparo de la oscuridad! ¡Han de escapar y comunicar al mundo entero lo que está ocurriendo! ¡Si la humanidad sabe la verdad, los Principales Elegidos no podrán actuar a su antojo!

»¡Es la supervivencia de nuestra raza la que está en juego! ¡No podemos dejarnos arrastrar por sentimientos egoístas o personales! ¡Los que salgan de Sábrix, rumbo a Nekrax, han de ser las personas idóneas, los merecedores y los que puedan perpetuar nuestras

virtudes y no nuestros defectos!

—¡Me asombra tan generoso altruismo en una mujer a la que mueven las pasiones más sórdidas! —exclamó Marjie.

Anghely no estaba actuando precisamente por egoísmo. Pero no se turbó ante la injusta acusación.

—Admito que no me comprenda usted, señorita Yabuki. Dudo que conozca el verdadero amor. Si trato de alejar a usted de Paam Nurvi es por egoísmo personal. Siento, amo y tengo miedo a perder lo que más quiero. Sé lo que son los hombres. Y Paam Nurvi no es distinto a los demás. Usted tiene posición, es hermosa e inteligente.

»Todo eso me ha llevado a ser desleal. Y hasta pensé que usted podría informar al mundo de lo que ocurre, dado su temperamento abierto y liberal. Pero temo que todo sea apariencia, pose, actitud, un modo de aparentar. Y por ello me he decidido a sacarles a los tres de aquí. Alguien informará al mundo.

—¡Si llego a ¡Nueva York, lo haré! —dijo Sergio Penn.

—¡Y yo! —añadió Cradle firmemente.

Marjie no respondió. Siguió andando, hasta que llegaron a una nave almacén, donde estaban los equipos que mencionara Anghely. Allí, con una potente lámpara que encendió la secretaria de Nurvi, procedieron a vestirse los equipos de inmersión.

—Deberán tomar tres rutas distintas. Así tendrán más posibilidades de burlar la vigilancia.

Marjie Yabuki había tomado ya la decisión de no huir. Quería quedarse y ver al general Paam Nurvi. Pero necesitaba burlar a Anghely. Y, por otra parte, no quería privar a sus compañeros de la probabilidad de conseguir la libertad.

¡Por vez primera en su vida, Marjie Yabuki intuía la existencia de, algo sorprendentemente superior y sublime a todo cuanto de caprichoso y antojadizo había realizado siempre!

Allí podía estar la maravillosa verdad de la existencia.

***

El comandante Ives Martínez estaba sentado en torno a la larga mesa ovalada, junto al nuevo mariscal Nurvi, aunque éste seguía luciendo el escudo de general.

Jefes, ingenieros, altos técnicos y consejeros, se alineaban en

torno a la mesa de conferencias de Sábrix. El ambiente era tenso. Parecía adivinarse la importante y, tal vez decisiva, discusión.

Frente a si, todos tenían las cámaras individuales de comunicación, porque sus respectivos cargos no podían ser desatendidos en ningún momento. Continuamente centelleaban las luces rojas de los distintos comunicadores. En las pequeñas pantallas aparecían rostros y los amplificadores transmitían preguntas o confirmación de órdenes.

Paam Nurvi no había hecho más que sentarse, cuando el interfonovisor de Ives Martínez. Uno de los jefes de la vigilancia informó:

Señor, han escapado también Sergio Penn y Jimmy Cradle.

Martínez, lívido, se volvió a Paam Nurvi, a quien transmitió la noticia.

¡Que los busquen! ¡Si no aparecen, sustituiré todo el cuerpo de vigilancia!

Sí, señor.

El ingeniero jefe Joop Doods, que estaba presente en la reunión, habló en voz alta:

—Aquí estamos todos los responsables de Sábrix, general. ¿A qué esperamos para iniciar la reunión?

—Estoy siendo informado de ciertas anormalidades inquietantes que ocurren en Sábrix —respondió Nurvi—. Los tres espías que fueron capturados en el «City of London» han logrado evadirse de sus celdas.

—Si mi departamento comete un error, el responsable soy yo —habló uno de los jefes de producción astronáutica—. El Servicio de Control y Vigilancia debe responder de esa huida. ¿Cómo puede nadie salir de una celda sin ayuda exterior?

—El señor Renzo Hauser parece acusarme de negligencia —se defendió Ives Martínez—, como si yo hubiera abierto las puertas a los detenidos. Y la verdad es que tanto en la vigilancia como en los talleres astronáuticos puede haber irresponsables.

—El motivo de esta reunión se relaciona, indirectamente, con estos cáusticos comentarios —declaró Paam Nurvi en tono seco—. Durante más de nueve años, hemos colaborado todos en una empresa importante. Ahora, que la obra llega a su fin, empiezan a surgir los problemas.

»No es el más importante que tres espías, ávidos de curiosidad, hayan venido a Sábrix con ánimos de descubrir nuestro secretos. Los rumores se han extendido. Hay mucha gente en el mundo que se pregunta lo que hacemos aquí.

»Lo que yo considero transcendental es lo que está ocurriendo, en estos momentos, fuera de aquí. Y es mi deber informarles a ustedes de ello, porque así me ha sido ordenado.

Pareció como si la tensión expectante llegase al máximo. Hubo quien intuyó la revelación principal, el motivo único de la existencia de Sábrix.

¿Va usted a decirnos para qué son las ciento doce naves «Long Range» que hemos construido? —preguntó el ingeniero Doods.

Sí —afirmó Paam Nurvi—. Pero antes debo informarles de algo más grave. El comandante Ives Martínez ha dispuesto su guardia, que está bajo mis órdenes directas, para contrarrestar cualquier acto de sedición, amotinamiento, rebeldía o desacato que pueda producirse. Bajo un régimen paramilitar como éste, todo conato de desobediencia por parte de cualquiera, será castigado severísimamente. Quedan incluidos jefes y subalternos.

»Hasta hoy, Sábrix era un complejo técnico astronáutico, al servicio de los tres Principales Elegidos. Ahora, debido a las condiciones impuestas por el exterior, el régimen interno de Sábrix ha cambiado.

»Yo asumo el mando y la responsabilidad absolutas. Nadie, ni siquiera los que bloquean nuestra base, puede intervenir en lo que yo sé es el último cartucho de la humanidad en su guerra contra la naturaleza.

»Por tanto, óiganme bien todos, en Sábrix se hará lo que yo disponga, y no lo que pretenden imponerme desde el Parlamento Federal Oriental, de donde acabo de regresar.

Y, a continuación, ante la fila de máscaras inexpresivas de sus colaboradores, Paam Nurvi explicó con todo detalle las órdenes que había recibido del ministro Yabuki, aclarando:

—Ignoro si se trata de una hábil maniobra política. Es posible que lo sea y es posible, que no. Aunque yo tenga la impresión de ser instrumento manejable en manos de gobernantes sin escrúpulos, es mi conciencia, mi rectitud y mi dignidad las que asumen la responsabilidad de mis actos.

»Sábrix se inició para beneficio de la humanidad. Ya hubo discriminación al plantearse el Proyecto "Liber" para sólo una íntima parte de cuantos habitamos este planeta. En vez de cien naves, debieron construirse mil, o diez mil, aunque todo el mundo hubiera tenido que ser puesto a trabajar en una empresa tan importante como ésta.

»Hubo egoísmo premeditado desde el principio. Los tres Principales Elegidos actuaron con astucia, cobardía y desprecio de los seres que les habían elegido, poniendo en sus manos los destinos de los hombres.

—¿Qué finalidad tiene, pues, el Proyecto «Liber»? —preguntó Renio Hauser, secamente.

—Sacar de la Tierra agonizante un grupo de seres privilegiados para llevarlos a Nekrax, el planeta descubierto por la «Syncron-XX», hace más de un cuarto de siglo.

—¿Y el resto de la humanidad? —insistió Renzo Hauser, con voz emocionada.

—¡Quedará en este planeta moribundo abandonada a su destino! —acusó Paam Nurvi con gesto de profundo desprecio.

Las «máscaras inexpresivas» se alteraron, modificando sus expresiones de furia, desencanto, terror, cólera, aversión y desprecio. Las exclamaciones fueron:

—¡Qué incalificable ignominia! ¡Esto es un genocidio que clama al cielo!

—¡Esto es una repugnante canallada!

—¡Malditos renegados!

—¿Y nosotros confiábamos en esos rufianes? ¿A qué ínfimo nivel hemos llegado?

—¡Destruyamos Sábrix! ¡Arrasémoslo todo y que haya equidad por una vez en la historia!

—¡Ellos, esos Principales Elegidos, deberían ser destruidos!

—¡Los muy perros! ¿No clama esto la ira del cielo?

—Por favor —rogó Paam Nurvi—. Basta de improperios. No es así como debemos actuar. Sábrix está en nuestras manos. Se hará lo más justo y conveniente.

—¿Cuál es la verdadera situación en las condiciones de vida de la humanidad? —preguntó Ives Martínez.

—¡Un puro fraude! Se han falseado las estadísticas

demográficas, para hacer creer a la gente que los índices de mortalidad producidos por la «nitrosis» no son tan alarmantes. La verdad es que el profesor Richard Toole ha sido amordazado por las fuerzas al servicio de los Principales, y la sociedad ignora la cruda realidad.

»¡No somos mil millones de habitantes, sino que apenas llegamos a cuatrocientos, y el índice sigue decreciendo continuamente! Nosotros poseemos las mejores instalaciones de oxígeno de toda la Tierra. No se ha escatimado nada en Sábrix, porque representamos la última tabla de salvación de los astutos organizadores del máximo engaño.

»Pero es mi deseo, y espero la aprobación de todos ustedes, que las naves construidas por nosotros sirvan, como en principio se me dijo, para salvar a los que verdaderamente sean dignos de instalarse en otro mundo, para los que nos representen dignamente en el futuro, para los justos, los honrados, los sinceros y los sabios.

A pesar de que las palabras de Paam Nurvi merecían el aplauso unánime, todos estaban demasiado anonadados para aplaudir. Lentamente iban reaccionando y, dándose cuenta de la verdad.

—¿Ni siquiera íbamos a tomar parte nosotros en esa expedición? —quiso saber Renzo Hauser.

—En principio las instrucciones eran de evacuar Sábrix y dejarlo todo a disposición de los seleccionados por una firma norteamericana de estudios psicotécnicos y psicofísicos —explicó Paam Nurvi—. Por tanto, si alguno de nosotros había sido seleccionado, volvería aquí para emprender viaje.

»Pero las cosas han cambiado. Ayer supe que Marjie Yabuki, la hija caprichosa del ministro Yabuki, estaba clasificada. Pero, al mismo tiempo, supe que esa clasificación era parcial, injusta e inadecuada, lo que motivó la protesta del Parlamento Federal Oriental,

»De todos modos, algo debía ocurrir. No hay sitio para todos. Los que se quedan debían protestar. Hay quien prefiere que perezcamos todos sin privilegios. Otros están dispuestos a sacrificarse en beneficio de los jóvenes. Pero hay quien dice que la experiencia vale más que una promesa incógnita.

—¿Cuál es su postura, general Nurvi? —preguntó el ingeniero Joop Doods.

—Quiero ser justo y honrado. Si no se hace una selección imparcial, nadie subirá a una nave.

—¿Por qué no las empleamos nosotros y dejamos las que queden para los que queden? —sugirió otro.

—Eso no sería justo.

—¡Las hemos construido nosotros, general! —gritó Renzo Hauser.

—¡Las naves no son nuestras, señores! —replicó Nurvi en tono tajante—. Si yo asumo la responsabilidad de custodiarlas, mientras afuera se ponen de acuerdo para elegir a los que deben salvarse, lo hago bajo el principio de ética y humanidad que me es propio. No quiero beneficiarme. Renuncio voluntariamente desde este momento a formar parte de esa expedición. Me quedaré en un refugio que poseo en el Himalaya, y moriré allí, con resignación, bajo este cielo cambiante que me vio nacer.

»¡Renuncio a ir a otro mundo!

»Pero quiero que vayan los que lo deseen y los que sean aptos para ello. En primer lugar, debemos denunciar la perfidia de los Principales y exigir un plebiscito mundial. Que todos se manifiesten con justicia y equidad. Quien desee ir, que lo diga. Quien no desee marchar, se quedará.

—¡Todos querrán irse! —declaró Joop Doods.

—Tal vez no, ingeniero. Repito que yo no quiero ir…

La luz roja del interfonovisor de Ives Martínez centelleó. El jefe de la vigilancia conectó el aparato. Uno de sus oficiales le informó:

—La evadida Marjie Yabuki se ha presentado a nosotros, señor. Dice que desea hablar con el general Nurvi.

—¡Ha aparecido la hija del ministro Yabuki! —exclamó Ives Martínez.

—Que la lleven a mi despacho.

—¡Eso es lo que ella ha pedido!

Paam Nurvi se levantó y terminó la reunión, diciendo:

—Realicen un referéndum en Sábrix. Digan lo que ocurre y que todos expongan su deseo de ir o quedarse. Nos reuniremos dentro de dos horas aquí mismo. Les ruego que reflexionen todos acerca de cuanto les he dicho.

CAPÍTULO VI

—¿Por qué no has venido a la reunión? —preguntó Paam Nurvi a su secretaria, cuando llegó al antedespacho, donde estaba Anghely, muy grave, ante un coordinador biónico.

—No me ha sido posible, Paam.

—¡Luego hablaremos de esto! ¿Dónde está Marjie?

Anghely, con un gesto, señaló la puerta del despacho del general.

—Ahí.

—¿Qué es lo que te ocurre, demonios?

—Nada —replicó Anghely secamente, bajando la cabeza.

Exasperado, Paam se dirigió a su despacho. Cyrille Berman, empuñando un proyector ultravibratorio, estaba allí, junto a Marjie Yabuki, la cual se sentaba en una silla.

Paam se plantó delante de la muchacha y exclamó:

—¿Cómo salió usted de su celda?

—¿Y qué importa eso? Alguien me ayudó. Pero no voy a denunciar a nadie. Podía haberme ido y afrontar la aventura en donde están metidos mis compañeros, pretendiendo regresar a los Estados Unidos.

»Yo cambié de parecer y decidí volver. Creo que mi puesto está aquí.

Nurvi fue a sentarse detrás de su mesa. Miró a Marjie intensamente y preguntó:

—¿Qué quiere decirme?

—Usted obedece órdenes de mi padre, ¿verdad?

—Supongamos que sí. ¿A qué viene eso?

—Le voy a decir quién es Tanaika Yabuki, general Nurvi. Tengo motivos suficientes para conocer a mi propio padre, con el que no me ha unido jamás el menor vínculo filial. No soy contestataria, ni rebelde, ni siquiera extremista o radicalista. Soy una mujer que ha pretendido siempre ser ella misma, sin coacciones. Y si quiero parecerme a alguien de este mundo, pido ser como mi madre, que en gloria esté.

»Mi padre es cobarde, ambicioso y egoísta. Él quería que yo fuera como él, que le secundara en sus aviesos y malignos

propósitos, pero me negué, a ello. ¿Quién supone usted que arregló las elecciones de Oriente, para que saliera elegido Kozo Kamura?

»¡Fue mi padre! ¡Y también es mi padre quien gobierna en el Parlamento Federal Oriental, porque el Principal Elegido no es más que un títere y un instrumento en manos de mi ambicioso papaíto! ¿Me cree usted?

—No sé qué decirle, señorita Yabuki —repuso Paam, empezando a sentir por la joven un profundo respeto.

—No es necesario que diga nada. Sé lo que está ocurriendo. Sé que también usted ha sido engañado por mi padre. Le enviaron aquí a construir esto. Mi padre embaucó a los Principales Elegidos de América y África con el único propósito de obtener su ayuda material y pasar inadvertido.

»Entre todos construyeron esto. Pero no quería mi buen papá perder el tiempo. Cien naves de salvamento eran suficientes para sus fines. Él sabía cómo romper los pactos, llegado el momento, para quedarse con Sábrix. Es su táctica.

—¿Cree usted que su padre ha montado toda, esta farsa para beneficiarse él solo?

—¡Oh, no; lo que se propone es ayudar a su mundo, o, mejor dicho, a los elegidos de su mundo! ¡El resto de la humanidad puede arder o sucumbir; eso a él le importa poco!

Paam Nurvi se alegró de ver confirmada su sospecha. En verdad, la revelación de Marjie era sorprendente. Ella tenía motivos para conocer a su padre. Y parecía estar bien informada.

—¿Por qué vino usted aquí?

—Seré sincera, general. Yo creí que esto era otra cosa. Con Sergio Penn y Jimmy Cradle, creímos que Sábrix sería una fuerte base militar, creada con el propósito de modificar el mundo y adoptar medidas drásticas. Yo desconfiaba de mi padre. Si él estaba metido en esto, no saldría ningún beneficio para el resto de la humanidad.

»Nos propusimos enterarnos y denunciar al mundo la traición. Ahora estoy convencida de que el plan es mucho más inicuo aún. Y, a pesar de tener posibilidad de huir, he querido regresar e informar a usted de cuanto es capaz de hacer mi padre.

—No la considerará él una hija muy afectuosa.

—Mi padre sabe lo que opino de él, pero no ha tenido nunca el

valor de aniquilarme. En el fondo, no es más que un miserable, ciego de poder.

»La humanidad está viviendo una época aciaga. Ya es hora de que empecemos a despojarnos de nuestros egoísmos y pensemos un poco más en los demás. Los odios, los rencores, los egoísmos y todo lo demás nos han llevado a la situación en que estamos.

»Todos somos responsables de la muerte de miles de millones de seres inocentes. Hagamos algo noble, aunque sea lo último. Impidamos que se consume un nuevo crimen de lesa humanidad.

»Si no hay naves suficientes para todos los que vivimos, que se vayan los mejores. Agrupémonos en una comunidad humana los restantes, recemos e imploremos perdón a Dios. No hay otro camino que el del arrepentimiento, la contrición auténtica.

—Quiero creer que es usted sincera, señorita Yabuki —empezó a decir Paam Nurvi—. Pero yo soy un soldado y debo obedecer órdenes…

—¡No obedezca usted a mi padre! ¡Cometerá un tremendo error!

—Soy oriental…

—¡Usted es un ser humano! ¡Nadie puede entrar en Sábrix, si usted no lo autoriza! ¡Hágase fuerte, sea honrado! ¡A ellos no les conviene atacar Sábrix, porque, si esto resulta destruido, se perderá lo único que puede salvarle!

Marjie Yabuki opinaba exactamente igual que Paam Nurvi. Pero a este le interesaba conocer la razón.

—Dígame una cosa, señorita Yabuki. ¿Quién la ha sacado de su celda?

—Jamás lo sabrá usted por mis labios.

—Puedo someterla a tratamiento psíquico y averiguarlo.

—¡Hágalo! En este caso, yo no seré responsable.

Frunciendo el ceño, Paam añadió:

—¿Qué haría usted si la dejo en libertad de regresar a Nueva York?

—Informar a todos los americanos de lo que está ocurriendo.

—¿Palabra de honor?

—¡Por mi salvación!

—Bien. Voy a dar órdenes para que vuele usted a Nueva York. Sin embargo, dudo que el bloqueo aéreo la deje pasar. Son fuerzas orientales las que nos vigilan. No sé hasta qué punto…

Paam Nurvi se interrumpió al ver destellar una luz muy significativa. Aquel parpadeo rojo significaba algo sumamente importante. Conectó la comunicación, que era telegráfica, por el sistema telegráfico, sincronía «Hook», y leyó las palabras que iban apareciendo en la pantalla del interfonovisor:

«Informe urgente. Nueva York, Washington y San Francisco destruidas por un bombardeo atómico. Reacción en Brasilia, Buenos Aires y Valparaíse. Se espera un rápido contrataque. Lo sacrificaremos todo, si es preciso, para proteger Sábrix. Caso de producirse un intento de ataque, deberán poner a salvo las naves, lanzándolas todas a una órbita extraterrestre. Fórmense tripulaciones provisionales. Suspendan todas las actividades. Situación de estado de guerra.»

¡Aquellas órdenes emanaban de Pekín y eran enviadas por el propio ministro Yabuki! ¡El destinatario figuraba como el mariscal Nurvi!

***

—Hay un noventa por ciento del personal de la base que desea ir a Nekrax —dijo el comandante Ives Martínez— Hemos realizado una encuesta múltiple, por secciones. Todos están, enterados de la finalidad del proyecto.

Los mismos consejeros y técnicos que habían asistido a la anterior reunión se hallaban presentes. Después de escuchar aquel informe previo, Paam Nurvi se levantó y dijo en tono solemne:

—Caballeros, la situación ha cambiado sensiblemente en pocas horas. La guerra ha estallado. Oriente ha iniciado el ataque contra América y creo que lo extenderá sobre África. Es inútil, pues, lo que hagamos.

»La Tierra quedará en peores condiciones después de este sangriento holocausto.

Las noticias cayeron como losa sobre los reunidos. Hubo quien palideció y quien se echó a llorar, gimiendo desconsoladamente. Muchos de aquellos hombres y mujeres tenían familiares en América y África.

—¿Era necesario hacer eso? —preguntó el ingeniero Joop

Doods, con voz desgarrada.

—Estoy seguro de que no, ingeniero jefe —respondió Paam Nurvi—. Y pido a Dios que las consecuencias del desastre caigan sobre los culpables.

»Se me ha ordenado que, en caso de peligro, saquemos las naves de Sábrix y las situemos en órbita, para salvarlas de una posible acción de represalias, cosa que no creo que ocurra. Pero les pido autorización para asumir el mando de Sábrix y manifestarme en contra de esa acción descabellada.

—¡Usted es el jefe, general Nurvi! —exclamó Ives Martínez—. Nosotros no obedeceremos más órdenes que las suyas… ¡Las naves no deben ser para los agresores!

—¿Por qué no las utilizamos contra la injusticia? —preguntó Renzo Hauser—. Están armadas. Podíamos romper el bloqueo y atacar al ejército agresor.

—No. Ellos están mejor armados. —contestó Nurvi—. Pero la posición de fuerza que contamos aquí puede ser un argumento convincente para disuadir a los beligerantes… ¡Si no hay paz inmediatamente, no habrá naves!

—¡Estamos incondicionalmente con usted, general Nurvi!

—Gracias, amigos míos. Vuelvan a sus puestos y que se preparen las dotaciones de las naves. Quiero a todo el personal de la base a bordo de las «Long Ranges», a la espera de órdenes. Voy a enviar mi respuesta a Pekín.

Al levantarse la breve reunión, Paam Nurvi regreso a su despacho, donde se encontraban Marjie y Anghely, aguardando.

—Todo decidido, Anghely. Transmite al Ministro Yabuki la decisión del consejo de Sábrix:

«No acataremos órdenes inhumanas. Nos declaramos solidarios de la verdad, la justicia y la democracia. Exigimos el inmediato cese de las hostilidades, el castigo de los agresores culpables y un plebiscito internacional para elegir, entre los que deseen ir a Nekrax, el número del personal elegido por sufragio y examen legal. Caso de no aceptarse nuestras condiciones, las naves serán destruidas. Firmado general Nurvi.»

Marjie se puso en pie y echó impulsivamente los brazos al cuello

de Paam, gritando de alegría:

—¡Así se hace, señor! ¡Ésa es la respuesta que merece mi padre! ¡Me alegro de haber vivido para presenciar esto! ¡Hoy es el día más grande de mi vida!

Anghely, no tan risueña como Marjie, tecleó sobre la máquina de sincronía «Hook», advirtiendo la prioridad del mensaje a la sala de telecomunicaciones. Al terminar, se levantó y se acercó a su jefe:

—Te felicito, Paam. No esperaba menos de ti. Éste es un auténtico momento decisivo para todos. ¿Qué va a ocurrir ahora?

—Yo lo sé —dijo Marjie—. Ya estoy viendo a mi padre mordiéndose los puños de rabia, ladrar, aullar, y luego sentarse a recapacitar. Después, como se sentirá acorralado, recurrirá a la astucia. Suplicará, ofrecerá mucho, tratará de ganar tiempo, para volver el agua a su molino… ¡Y será capaz hasta de arrastrarse a los pies de usted!

—¡No conocía a Tanaika Yabuki desde ese aspecto! —exclamó Paam, sorprendido.

—Yo, sí —añadió Marjie.

—¿Por qué le odias tanto? —preguntó Anghely, mirando fijamente a la otra.

—Él fue el causante de la muerte de mi madre. No hizo nada por retenerla cuando salió de la nave y se lanzó al exterior, mientras visitábamos las ruinas de Hong Kong. Luego, los exploradores encontraron su cadáver.

»Mi padre es inflexible ante una actitud, si posee la fuerza para imponerla. Ahora, como no ordene la destrucción de Sábrix…

* * *

Paam Nurvi se inclinó ante el cadáver de Jimmy Cradle.

—¡Pobre muchacho! —exclamó—. ¿Cómo se le ocurrió utilizar un equipo de inmersión y tratar de escapar en una cabina de trabajo submarino?

—Recibió ayuda de alguien que conoce muy bien la base —dijo el comandante Ives Martínez—. Temo que a su compañero no volvamos a verlo jamás.

¡Así había de ser! Los dos hombres a los que ayudó Anghely a escapar sufrieron un accidente, por inexperiencia. Sergio Penn

quedaría atrapado par siempre en la cabina, en el fondo del mar. Pero Jimmy, que logró salir de su encierro, murió reventado en la profundidad de las aguas.

Anghely podía haber informado de la verdad. Pero no se atrevió. Ella perseguía otros fines. Pero aquellos dos hombres no llegarían jamás a Nueva York, la ciudad subterránea de Manhattan que ya no existía.

Sin embargo, el cadáver de Jimmy Cradle, en el intermedio del drama mundial en que se debatía la humanidad, habría de significar un golpe nefasto para Paam Nurvi.

Media hora después, Marjie Yabuki, acompañada del agente Cyrille Sarinen, se presentó en la cabina de Paam Nurvi, donde éste se disponía a descansar unas horas, a la espera de acontecimientos.

—¿Qué ocurre, Cyrille?

—La señorita Yabuki me ha dicho que tiene algo importante que decirle.

Paam miró a Marjie, en cuyos ojos habían lágrimas.

—Pase, señorita —dijo el general, tomando una blusa de seda fina y cubriéndose el robusto torso desnudo—. ¿Qué le ocurre? ¿Por qué llora?

—Me han dicho que Jimmy Cradle ha… ha muerto.

—Así es. Lo siento. Pero no la culpo a usted, sino a la persona estúpida que les facilitó la fuga. No tengo más remedio que someterla a detección psíquica para averiguar quién…

—De ello deseo hablarle, general… Pero en privado —diciendo esto, Marjie miró a Cyrille.

—Sal afuera —ordenó Paam.

El agente de la escolta saludó y salió, cerrando la puerta a su espalda.

—¿Me creerá usted si le digo que nuestra fuga se realizó por el bien de usted?

—¿Por mi bien? —exclamó Paam, sorprendido—. ¿Qué quiere usted decir?

—Aunque se lo explicara mil veces, no lo comprendería, señor. Sé bien que usted puede hacer que se examine mi mente y averiguará, sin duda, quién me ayudó a escapar. Por lealtad, yo no puedo revelar su nombre.

—¡Basta, señorita Yabuki; dígame quién es esa persona! ¡Sufrirá

el castigo que merece!

—He venido a interceder por ella. Toda la culpa es mía. Pido ser castigada en su nombre.

—¡No diga tonterías, señorita Yabuki! ¡No comprendo lo que ha querido decir con esas palabras!. ¿Por qué habrían de ayudarla a huir en beneficio mío?

—Es muy sencillo. Quisieron apartarlo de mí.

—¿De usted?

—Sí. Yo era un peligro para su seguridad. Me explicaré. En primer lugar, está mi físico. Como mujer no soy desdeñable…

—¡No quiero perder el tiempo hablando esas tonterías, señorita Yabuki! Le ruego que se retire.

—Aguarde. No son tonterías. Soy hija de un Primer Ministro… En realidad, del hombre que gobierna la Federación Oriental. Y eso, antes de acontecer los hechos que ahora lamentamos representaba un peligro para usted y para quien tan bien le quiere.

—¿Qué enigma es éste?

—¿Cree usted que una mujer no es capaz de ver una rival cuando ésta aparece? Además, mi liberación obedecía a dos fines, ambos malogrados, por supuesto. Apartarme de usted y difundir la verdad en América.

Un atisbo de sospecha iluminó la mente de Paam, el cual, severo, preguntó:

—¿Tiene Anghely algo que ver con esto?

—Usted no puede comprender a las mujeres de nuestra época, general Nurvi. Piense en los siglos que hemos pasado sometidas al hombre, vejadas y esclavizadas por él, y que ahora gozamos de los mismos derechos y privilegios que el sexo opuesto.

»Sin embargo, general, seguimos siendo mujeres. Y las leyes en nada se parecen a los sentimientos.

—Ha sido Anghely, ¿sí o no? —insistió Paam, iracundo.

—¿No quiere usted comprender que la indujo su amor por usted?

—¡Yo sólo entiendo las razones del deber! ¡Si ha sido ella, será castigada severamente!

Marjie retrocedió unos pasos. Su semblante se distendió en una mueca de disgusto. Y sus palabras, saliendo acusadoras de sus labios, hirieron profundamente al hombre:

—Ahora se está usted comportando como mi padre… ¡Es abominable y odioso! ¡No hay lugar para la comprensión! ¡Es usted como él!

CAPÍTULO VII

—¿Por qué? —rugió Paam Nurvi, agarrando a Anghely de los hombros y doblegando aquel cuerpo escultural hasta lograr ponerlo de rodillas—. ¿Por qué lo has hecho?

Crispada de dolor, sintiendo los fuertes dedos de él hundirse en su carne, Anghely gimió:

—Tenía que hacerlo… ¡Por ti, por mí y por todos!

—¿Estás loca? ¿No ves lo que has conseguido? ¡Un hombre ha muerto y el otro, quizás, haya corrido igual suerte! ¡Y no tiene explicación tu deslealtad!

—¡Suéltame! ¡Me haces daño!

El la soltó y retrocedió.

—Yo confiaba en ti, Anghely. Incluso llegué a compartir contigo los secretos más comprometedores. Tú has sido mi mano derecha, mi apoyo y mi persona de mayor confianza. ¡No lo comprendo! ¡Dime algo que justifique tu acción! ¿Qué pretendías ganar con ello?

Anghely lloraba ahora con la cabeza abatida sobre el pecho, arrodillada sobre la valiosa alfombra de su alojamiento.

—Quise apartarla de ti. Eso fue al principio, cuando llegó. Temí que sus encantos te hicieran olvidarme.

—¡Eso es una majadería, Anghely!

—¡Se comportó de un modo violento cuando quisiste que hablara con su padre!

—¿Y qué?

—Sé que te impresionó. Hubieras vuelto a verla. Ella es una mujer muy bella e hija de un ministro influyente.

—¿Y crees que eso me importa?

Anegados los ojos en lágrimas, Anghely alzó su mirada hacia él.

—Tarde o temprano, la habrías mirado, te habrías interesado por ella…

—No. Yo no soy… ¡Qué tontería, qué disparate! ¿Sabes a lo que me has obligado con esta estupidez?

—¡Tenía que hacerlo, Paam! ¡Después ayudé a los otros! ¡Era preciso que alguien informase a la Federación Americana!

—¡Pero eso podía hacerlo yo!

—¡Tu no habrías traicionado a…! ¡Oh, Paam; estoy apenada! No pensé que pudiera ocurrir…

Paam dejó caer las manos a lo largo del cuerpo, como desalentado. Luego, se volvió hacia el interfonivisor que había sobre la mesita. Presionó un pulsador y dijo:

—Raymond, dile al comandante Martínez que venga al alojamiento de Anghely Ahmed Ali.

—Sí, señor —respondió el jefe de comunicaciones.

—¿Qué te propones? —preguntó ella.

—Escucha, pequeña. La mujer es una compañera del hombre. Debe actuar de acuerdo con él, ayudándole y sirviéndole. Yo te necesitaba. Tú me has dado lo mejor que hay en ti. Así pienso. Quería terminar con todo esto y dejarles ir a Nekrax. Para ti para mí, tenía un lugar colgado sobre una alta montaña, dominando un inmenso paisaje de leyenda. Allí quería ir a pasar mis últimos días.

—¡Oh, Paam!

—Yo no, siento como mucha gente. No soy expresivo, pero mi corazón no es de piedra. Desde que estás conmigo, te he considerado la más bella y diligente. Te elegí entre ciento cincuenta mujeres. Podía sentirme orgulloso de ti viéndote colaborar conmigo noche y día.

»Pero no comprendo qué daño podía causarme Marjie Yabuki, ni qué se figuró tu mente. Tú estás por encima de ella.

—¡No, Paam; yo sé que ella venía a interponerse…!

—¡No basta! Voy a presentar mi dimisión. Seguiré amándote. Es mi destino. Pero tengo que ordenar tu expulsión y encierro. En otras circunstancias, te habría enviado al exterior. Ahora, debes quedarte aquí hasta que mi relevo decida cuál será tu suerte y la mía. Ese es mi principio.

—¡No, Paam; no hagas eso! ¡Me mataré antes de causarte el menor trastorno! ¡La situación es grave! ¡Necesitan de nosotros!

—El honor es antes que nada —dijo Paam, sintiendo un profundo resquemor, porque, al mismo tiempo, recordó las palabras que le había lanzado Marjie al rostro, comparándole con su intransigente padre.

Se produjo una llamada a la puerta.

—Pase, comandante Martínez —ordenó Paam.

La puerta se abrió y el jefe de la vigilancia saludó, un tanto

sorprendido al ver la escena que tenía lugar.

—Estoy a sus órdenes, general Nurvi.

—Escuche, Martínez. Usted conoce, bien cuál es la situación y la decisión del consejo. Debo pedirle que tome el mando de Sábrix, debido a mi renuncia.

—Pero… ¿Qué ocurre, señor?

—Arreste a Anghely Ahmed Ali por deslealtad. Ella ayudó a evadirse a Marjie Yabuki y a sus amigos.

—Sí, pero… ¡Usted no puede dimitir ahora, señor!

—Soy responsable indirectamente.

—¿Y qué importa? ¡Recapacite usted, general! ¡Todos hemos puesto la confianza en usted; la situación es grave; hemos de tener la cabeza despejada…! ¡Oh, cielos, qué disparate!

—Si no hace lo que le digo, comandante Martínez, entregaré el mando al capitán Ramsay.

—¿Y se inhibe usted?

—Pido el relevo, pero pueden contar con mi colaboración en tanto dure la actual situación. Luego, me retiraré a mi residencia particular, en el Nepal.

Ives Martínez suspiró, mirando a la apenada Anghely.

—No puedo comprenderlo. Yo no sospechaba, precisamente, de usted, A.A.A. Pero supongo que debía tener poderosas razones para hacerlo.

—No, comandante. No tenía ninguna —dijo Anghely, con la mirada baja—. El amor no es ninguna razón, sino un sentimiento que empieza a carecer de sentido. Vamos. Estoy a sus órdenes.

Anghely salió de su alojamiento y Paam Nurvi se quedó allí, erguido, grave, cejijunto. Tantos años de servicio en el cumplimiento de su deber se desmoronaban ahora, como castillo de naipes sacudido por un maligno soplo.

Debía reflexionar. Anghely había sido una excelente compañera. Podía darle satisfacción, llevándola ante el registro matrimonial, y no lo hizo. Diferencias religiosas creaban un problema que él no quiso afrontar. No era siquiera una falta amar a una mujer. Él era joven. Ni tampoco era un secreto en Sábrix su relación con Anghely.

Del siglo XXII a los anteriores había un abismo en las relaciones sexuales. Pero se celebraban los matrimonios y, sufriendo exámenes médicos, rellenando formularios interminables y sometiéndose a

numerosas pruebas, la ley podía casar a una musulmana con un budista.

Sábrix era primero que sus sentimientos. Él era el jefe de la base. La humanidad estaba en peligro. ¿Por qué le había traicionado Anghely?

¿Qué quiso decir con aquello de que Marjie se iba a interponer? ¿Quién era Marjie Yabuki?

Y por vez primera, Paam se encontró comparando a las dos mujeres, tratando de hallar una justificación a la actitud de Anghely. Sólo veía la razón diplomática, el exceso de celo, la ayuda intuitiva de Anghely, actuando por su cuenta y colaborando en una fuga que, veinticuatro horas antes pudo haber sido la salvación de millones de seres.

Cuando se realizó la huida, ya era tarde para los americanos. Pero Anghely no lo sabía. Esto era disculpable.

Sí, Marjie era una muchacha algo más joven que Anghely, más exuberante, llamativa, sugestiva, fascinante, quizás. ¿Y bastaba esto? Habían mujeres bonitas en Sábrix. Y Anghely jamás se preocupó de ellas. ¿Qué demonios vio en Marjie?

¿Por qué se había comportado de aquel modo?

* * *

Naves de guerra pertenecientes a la Federación Africana, entre las que había enormes plataformas aeroespaciales, surcaban las contaminadas aguas del Atlántico, cuya fauna había casi desaparecido como consecuencias de los residuos de la técnica. El propósito de aquella flota era apoderarse de la isla de Sábrix.

Sin embargo, desde el día anterior, el bloqueo aéreo implantado por las fuerzas de la Federación Oriental iba a ofrecer un serio obstáculo.

Los africanos, que presentaban un ejército ultramoderno, sabían ya lo que estaba ocurriendo. Les impresionó la destrucción de las grandes ciudades subterráneas de América, pero su capacidad de reacción era total. Debido a esto, los proyectiles dirigidos hacia El Cairo, El Cabo, Salisbury y Rabat, no llegaron a su destino.

El Principal Elegido de la Federación Africana, en contra de lo que se hubiera creído, no era negro, sino de raza blanca y

ascendencia francesa Se llamaba Jacques Depuis y confiaba más en los ordenadores electrónicos que en la capacidad psíquica de los hombres.

También era la Federación Africana la más densamente poblada. En realidad, en ciertas regiones centrales, existían aún pueblos y ciudades que vivían al aire libre. Y de los cuatrocientos millones de seres que realmente poblaban el mundo, porque las estadísticas hablaban de mil, casi doscientos vivían en el antiguo continente negro.

Jacques Depuis era un hombre sagaz, hábil e inteligente. Supo luchar con todas sus energías contra la «nitrosis», construyó enormes factorías desalinadoras y obtenía agua potable de los mares que enviaba al interior del continente a través de una gigantesca red de tuberías.

Abundancia de agua era sinónimo de fertilidad. La vegetación, sin ser tan abundante como en siglos anteriores, mantenía una renovación de la atmósfera. Pero los ordenadores demostraban que el oxígeno se perdía en cantidades fabulosas. A pesar de esto, era África el mundo más saludable.

Y, por otra parte, el Parlamento Federal Africano, sabiamente dirigido por Mr. Depuis, no confió nunca en Tanaika Yabuki.

Así, rechazado el ataque traidor de los orientales, los africanos pusieron en marcha su mecanismo bélico, enviando su poderosa flota naval hacia el Atlántico, como si hubieran previsto la enorme importancia estratégica que Sábrix habría de tener en el futuro.

Doce mil naves aeroespaciales de propulsión atómica bloqueaban Sábrix, en un amplio radio de acción. Y contra ellas dirigieron los africanos tres ataques simultáneos, primero en oleadas de naves voladoras y, después, desde los buques de superficie.

La lucha se inició a primeras horas de la mañana, al día siguiente de la destrucción de los enclaves subterráneos americanos. Atacaron vertiginosamente los, «rayos» negros, picando y evolucionando sobre sus adversarios amarillos.

El encuentro fue caótico. Hacía siglos que el atormentado planeta no veía una lucha sobre su superficie. La diplomacia siempre encontró recursos de paz para conservar el equilibrio.

Ahora, empero, el aire enrarecido del Atlántico fue sacudido con

el estruendo de las armas desintegrantes, los chorros de proyectiles atómicos, los rayos iónicos, láser, cósmicos y ultravibratorios.

A las cientos de naves orientales, debidamente colocadas en posición defensiva, moviéndose continuamente a velocidad escalofriantes, se enfrentaban las naves africanas, lanzadas en «chorro», como si tras cada una de ella hubieran miles más aguardando.

La defensa era de «sierra dentada», es decir, tres filas sucesivas de aparatos, subiendo y bajando continuamente, a velocidad supersónicas, cuya finalidad era «engullir» a sus atacantes.

Los generales electrónicos de Jacques Depuis calcularon perfectamente el efecto que se iría logrando con aquella táctica de triple ataque y el sacrificio, en menos de diez minutos, de centenares de «rayos» negros.

Pero los pilotos orientales también pagaron un elevado tributo, porque perdieron una nave por cada dos de sus atacantes.

El cielo y el mar se vieron cubiertos de nubes negras. El océano engulló numerosas máquinas y vidas humanas, y el resultado, al cabo de media hora de colosal contienda, fue un grave quebranto por ambos bandos, pasándose a la fase espectacular y emotiva de «fuego a discreción», cuando ya se habían roto las formaciones, tanto atacantes como defensivas, y los aparatos se remontaban a considerables alturas, casi en la estratosfera, para acosarse y perseguirse mutuamente, tratando de recurrir a la inteligencia o a la sagacidad, cuando los cálculos matemáticos ya no daban más de sí.

Pero abajo, en la superficie del mar, con algunas reservas aéreas disponibles en las plataformas navales, la flota africana parecía intacta, avanzando ahora libremente hacia su objetivo.

Nada, excepto la flota naval oriental, todavía lejana, en aguas del Pacífico y del Índico, podía impedir que los buques de la Federación Africana pudieran llegar a Sábrix.

Y el propio Jacques Depuis, conocedor de la victoria, envió un ultimátum al general Nurvi, conminándole a entregar el mando de Sábrix al general Nuogo, jefe de la Flota africana, e invitándole, al mismo tiempo, a colaborar con él.

* * *

—¿Qué hacemos? —preguntó Ives Martínez, dirigiéndose a Paam Nurvi, quien tenía en las manos el texto del mensaje enviado por el Principal Elegido de África.

—En primer lugar, conservar la calma —contestó Nurvi, alzando los ojos para mirar al jefe provisional de Sábrix—. El responsable eres tú.

—¡Tu dimisión en estos momento es una traición! —gritó Ives Martínez.

—Ya he te expuesto mis razones. Pero no te abandono. Soy tu consejero y haré por Sábrix lo que hubiera hecho ostentando el mando.

—Bueno, ¡habla, por Júpiter!

—El Principal Elegido de África no quiere la destrucción de Sábrix eso está más que claro. Por otra parte, Tanaika Yabuki está metido en un atolladero, del que sólo puede sacarle la Flota Oriental, cuando llegue a estas cercanías.

»El combate que hemos presenciado en las pantallas telescópicas no ha sido más que el preludio. Ignoro si ha quedado alguien en América capaz de intervenir, naturalmente contra Oriente, e inclinar la balanza a su favor.

»Pero nosotros somos la presa codiciada. Estos son los principios básicos de mi razonamiento. Nos quieren "vivos ", por decirlo así. Nuestra destrucción no conviene a ningún bando.

—¡Pero nosotros podemos influir en la contienda, Paam Nurvi! —exclamó Ives Martínez.

—¡Definitivamente, por supuesto! Ésa es la consecuencia final de mi razonamiento. ¿A qué bando nos inclinamos ahora? ¿Crees que mi origen oriental influye? ¡Te equivocas! Soy humano; ciudadano del mundo. Yo no establecí frontera ni divisoria alguna. Obedezco las órdenes que conciernen al beneficio de todos, no al de unos cuantos.

—Mientras discutimos si son galgos o podencos, la flota de Jacques Depuis se nos echará encima —argumento el comandante Ives Martínez.

—Dice ese caballero que me ponga a las órdenes del general Nuogo, a quien debo entregar el mando de Sábrix.

—Sí.

—Pues yo, en tu caso, no lo haría.

—¿Y qué ocurrirá

—Nada. Situará sus barcos en torno a nosotros y esperará la llegada de la Flota Oriental.

—¡Pero esa actitud pasiva no nos favorece! ¡Hemos de inclinarnos por un bando u otro! —declaró Ives Martínez, seriamente.

—Yo no haría eso.

—¿Por qué?

—Por una antigua ley de selección natural. Triunfarán los mejores, los más aptos… ¡al mismo tiempo que sucumbirán los débiles! El Proyecto «Liber» necesita seleccionar seres aptos para establecerse en Nekrax. ¿Y qué importa si son orientales, americanos o africanos? Los que venzan habrán conquistado su derecho a emprender ese viaje.

—Entiendo… *Life is struggle*, como dijo Darwin —asintió Ives Martínez tristemente.

—Exacto. La vida es lucha. Al mismo tiempo, se reduce el número de aspirantes a ocupar una plaza en las «Long Ranges». ¿Comprendes?

—Entonces, ¿qué le digo a Jacques Depuis?

—No le digas nada. Que continúen luchando.

Paam Nurvi se levantó y dejó el papel que tenía en la mano sobre la mesa.

—He ordenado que Anghely y Marjie queden en libertad —dijo Martínez—. Si se les acusa alguna vez, su castigo no será muy grande.

—¿Por qué haces eso, Ives? —preguntó Paam.

—Me alegra que me hagas esa pregunta. Y me alegro también de poder hablar contigo al mismo nivel. Yo puedo ayudarte. Has dimitido de tu cargo y he asumido el mando. Pero olvidemos eso ahora y suponte que somos dos ciudadanos cualquiera, dos amigos, y uno tiene un problema.

—Prefiero no hablar de eso. Anghely cometió una grave falta.

—¡Anghely estaba ayudándonos a todos!

—¿Y se ayudaba a sí misma, a la vez?

—Tal aparece. Temía verse despojada de tu afecto.

—¡Eso es una niñería, Ives; y tú lo sabes!

—Todos los amantes son como niños. ¿Sabes lo que ocurre,

Paam? Tu conciencia está recubierta por la pátina del deber y el honor. Pero tú eres un hombre de carne y hueso… Un superhombre, pero humano. Y no quieres comprenderlo. Las ecuaciones de tu cerebro no te permiten ver la realidad. Es lo mismo que cuando se decía que los árboles no permiten ver el bosque… ¡Tú tendrías que ser más humano que todos nosotros! ¡De veras, Paam!

CAPÍTULO VIII

Marjie Yabuki, vestida únicamente con una estilizada prenda femenina que apenas ocultaba sus líneas anatómicas, se encontraba jugando distraídamente con un pantógrafo electrónico y realizando una serie de dibujos geométricos de indiscutible belleza polícroma, cuando Paam Nurvi apareció en la entrada de su alojamiento.

Las líneas de colores del pantógrafo desaparecieron súbitamente, cuando la mano de la joven presionó la tecla de cierre del aparato. Inconscientemente, su cerebro había estado evocando a la persona que ahora aparecía ante ella.

—¿Puedo entrar? —preguntó Paam Nurvi.

Sin moverse, tensa, Marjie respondió:

—Hágalo. Usted es el amo de Sábrix.

—Te equivocas, Marjie. Aquí manda Yves Martínez.

—Bueno, ¿y qué?

—Quiero hablarte.

—Hágalo.

—Deseo que me ayudes.

Marjie se volvió, como aguijoneada.

—¿Ayudarle? ¿Cómo? ¿Por qué?

Ahora, sus rostros se miraban. Él parecía algo turbado, viéndola con aquella sutil prenda.

—Deseo saber por qué razón Anghely supuso que venías a interponerte entre nosotros.

Ahora, una sonrisa iluminó los bonitos labios de ella. Se levantó y se acercó a él, sinuosamente.

—¿No te das cuenta, general? —dijo, tratándole como él la trataba a ella—. Por esta figura han perdido la cabeza algunos hombres. ¡Mírame! Jimmy Cradle y Sergio Penn han muerto por seguirme. Nada les hubiera dado, pero ellos se prometían mucho.

—Admito que eres incitante. Pero mis sentidos no se ofuscan por tu figura.

—¿Estás seguro, altivo general?

—Sí.

Marjie acentuó su insinuante sonrisa.

—No quiero dar la razón a Anghely, ni quitártela a ti. Estaba

pensando, precisamente, en que mi vida hubiera sido muy distinta si, en vez de pelear contra mi padre, le hubiera pedido un puesto de secretaría a tu lado.

—¡No cambies de conversación!

—Permíteme cerrar la puerta, Paam Nurvi. No deseo que nos vea todo el que pase por el pasillo. Esta entrevista será privada.

Fue ella a la puerta y la cerró, presionando luego el pulsador eléctrico. Después, se volvió y se recostó contra el metal, alzando el rostro.

—No quiero cambiar de conversación. Anghely intuyó que mi presencia aquí era inquietante para ella.

—¡Se equivocó!

—¡Bah, una mujer no se equivoca en eso, general! Vio el impacto que me causó el verte… ¡El famoso general Nurvi! Yo había oído hablar de ti en Pekín. Un hombre extraordinario. Ignoraba que tu misión en Sábrix era tan importante… ¡La salvación de la Humanidad, los medios de transporte para otro mundo, el organizador de la más increíble operación técnica de todos los tiempos!

«¿Y qué mujer no piensa inmediatamente en saber cómo es el héroe elegido por el frío cerebro de las computadoras? ¿Qué mujer no resiste la tentación de acercarse?

—¡Eso son sentimentalismos pueriles! ¡El mundo se encuentra en una encrucijada decisiva y vital! ¡De lo que ocurra en las próximas horas depende la salvación o el exterminio de nuestra raza!

—¡Oh, ya salió otra vez el cerebro! —pareció reír Marjie Yabuki —. Se dice en mi país que a un embustero le resulta más fácil mentir que decir la verdad. A ti, ¡oh, poderoso general!, te resulta más fácil pensar con tu imponente máquina de cálculo neurónico que sentir los latidos de tu corazón, impulsados por el inconsciente primitivo que todo hombre lleva dentro.

«Apuesto a que Anghely ha sido para ti un instrumento de cálculo. Ni siquiera la amas. Te gustó su figura y su ficha psicotécnica. Bonita e inteligente. Una máquina humana perfecta, incapaz de cometer un error, por humano que sea.

»Si tus computadoras fallan, sufrirás una terrible decepción. Lo mismo que si falla tu secretaria. Todo ha de ser infalible. Todo ha de ser perfecto, según lo establecido y lo calculado.

»¿Crees que eres perfecto, Paam Nurvi?

Por vez primera en muchos años, él no encontró palabras para replicar. Empezaba a sentirse desconcertado. Influía la figura de Marjie, contemplada a través de la, transparencia de su prenda de vestir.

¡Había algo en ella que fascinaba, atraía y repelía a un tiempo!

Y Marjie, que sabía el efecto demoledor que estaba causando, insistió:

—La mente ha progresado mucho desde que el hombre de las cavernas copulaba de modo bestial con su compañera, Pero el instinto sigue siendo el mismo. Para reproducirnos, Dios nos incitó al deseo. Nos damos cuenta de que nos necesitamos mutuamente, pero el cerebro nos frena al mismo tiempo que nos excita.

«Sé lo que estás pensando, Paam., Nurvi.

—¿Qué? —preguntó él, con la mirada perdida.

—En demostrarme que, a pesar de tu cerebro electrónico, eres capaz de cometer un acto salvaje.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Del mismo modo que Anghely vio en mí a una peligrosa rival —replicó Marjie, avanzando hacia él sinuosamente. Ahora no quieres pensar. Estás inquieto, excitado, nervioso… ¡Vamos, Paam! ¿A qué esperas para demostrar tu vigor?

Un ronco jadeo se escapó de la garganta de Paam Nurvi. Luego, sus, manos se tendieron hacia la mujer que le torturaba. La agarró con sus fuertes manos y la atrajo hacia sí.

Después, estrechándola férreamente contra su cuerpo, sus labios ávidos buscaron los de ella, hasta encontrarlos, cálidos, palpitantes, mórbidos y entreabiertos.

¡Anghely Ahmed Mi tenía razón; era difícil sustraerse al hechizo de una mujer como Marjie!

* * *

El capitán Ramsay informó por interfonovisión:

—¡Las tropas del general Nuogo están desembarcando en la isla, señor!

Ives Martínez se mordió los labios. Conectó otro aparato y ladró:

—¡Raymond, que busquen al general Nurvi!

—Lo siento, señor. No aparece por ninguna parte.

—¡No ha podido esfumarse!

—¿Qué hacemos? —insistió el capitán Ramsey.

—Envíales a la vigilancia.

—¡Pero ellos son cinco o seis mil, mientras que nosotros sólo somos quinientos!

—¡No importa! ¡Que vayan a interceptarles el paso!— ¡Por el amor de Dios, Raymond, que aparezca el general!

Al cerrarse las dos comunicaciones, Ives Martínez llamó al alojamiento de Paam Nurvi, como llevaba haciendo desde hacía cinco horas, sin éxito. Tampoco obtuvo respuesta en el alojamiento de Marjie Yabuki, a la que deseaba comunicar el suicidio de su padre, según una noticia que había recibido de Pekín.

Llamó a Anghely Ahmed, la cual respondió:

—Sí, ¿qué desea?

—Usted sabe dónde está Paam Nurvi, ¡dígamelo!

—Lo siento, comandante. Yo no lo sé.

—¡Venga inmediatamente a la dirección, Anghely! ¡Atravesamos una situación crítica y angustiosa! ¡Paam Nurvi tiene que aparecer y venir aquí inmediatamente!

—¿Han mirado si está con Marjie Yabuki? —preguntó Anghely, con voz insegura.

—No contesta nadie en ninguno de sus alojamientos… Pero enviaré a alguien. Usted venga aquí y déjese ahora de resentimientos. No importa lo que haya pasado. La necesito. No está arrestada ni nada de eso. Retiro los cargos de traición que presentó el general Nurvi.

—Está bien, comandante Martínez. Voy en seguida.

Efectivamente, Anghely se presentó a los pocos minutos en el despacho del Jefe Máximo, donde se desenvolvía como un pez en el agua. Mientras, Cyrille Sarinen lograba abrir la puerta del alojamiento de Marjie Yabuki y se encontró con algo inesperado e insólito: ¡El general Paam Nurvi estaba sentado en una butaca, con la mirada fija en el cuerpo desnudo y sin vida que yacía a sus pies!

¡Marjie Yabuki estaba muerta!

El jefe de la escolta de Paam Nurvi penetró en la estancia y sacudió el hombro de Paam.

—¡Señor! ¡Mi general! ¿Qué significa esto?

Paam Nurvi pareció evadirse de su abstracción, mirando a Cyrille Sarinen de modo estúpido.

—¿Eh? ¿Qué…?

El agente se inclinó sobre Marjie y echó sobre ella una sábana que tomó del revuelto lecho. Después, observó las marcas violáceas que la difunta tenía en el cuello.

—¿La ha estrangulado usted, señor?

—Sí… Creo que sí… ¿Qué ocurre, Cyrille?

—El comandante Martínez le busca insistentemente, señor.

Como si saliera de su sopor o de un profundo sueño hipnótico, Paam se incorporó, sacudiendo la cabeza. Miró al cuerpo que Cyrille había cubierto con la sábana y musitó:

—Tú lo has querido, Marjie… ¿Verdad que lo querías así?

Cyrille vio a su general dirigirse hacia la puerta. Miró el cuerpo insensible de Marjie e intuyó un brutal y salvaje drama, cuyas consecuencias eran tan evidentes.

¡Paam Nurvi había estrangulado a Marjie Yabuki durante un arrebato de pasión!

* * *

Al salir de una tempestuosa reunión en el Parlamento Federal Oriental, el Primer Ministro Tanaika Yabuki se encerró en un lavabo y tomó el contenido de un tubo que llevaba en el bolsillo. No dejó siquiera una nota, ni una explicación, nada.

Se le había acusado públicamente de traidor, cobarde, miserable y déspota. Y la acusación partió del ala de su grupo más fiel.

El Principal Elegido de Oriente, Kozo Kamura, no despegó los labios durante el tormentoso debate. Pero cuando supo que el Primer Ministro estaba muerto, reunió rápidamente al Parlamento y declaró:

—¡He sido engañado y burlado por Tanaika Yabuki! ¡Hemos de acordar inmediatamente la paz! ¡Hemos de enviar mensajes a nuestra flota naval y aeroespacial para que se reintegre a sus bases! ¡Tenemos que pedir una conferencia con Jacques Depuis!

Sin embargo, la poderosa Flota Oriental, compuesta por dos mil submarinos de propulsión atómica, cien plataformas aeroespaciales y casi quinientos buques de superficie, muy rápido, ya estaba

llegando a la salida del Mediterráneo, por una parte, y doblando el Cabo de Buena Esperanza, por otro.

Los primeros contactos con naves de vigilancia africana se establecieron al amanecer. Hubo fuego electrónico y los vigilantes sucumbieron. La gran flota continuó su avance, aunque algunas naves aéreas, supervivientes de la tremenda lucha de la víspera, trataron de interceptar la marcha.

El general Nuogo, que en aquellos momentos dirigía un desembarco estratégico en Sábrix, no perdía de vista la flota enemiga que se aproximaba. Por esta causa, hubo de dejar en las playas de Sábrix un escaso número de combatientes, luchando contra las fuerzas de vigilancia, para revolverse con el grueso de su flota, dividirla en dos grandes grupos y tratar de enfrentarse a los orientales.

Ésta era la situación en el momento en que, desesperadamente, el Principal Elegido de Oriente pretendía convencer a su colega africano de la necesidad de decretar el alto el fuego.

Jacques Depuis, sin embargo, interpretó este ruego como debilidad del agresor y demoró la respuesta, alentando así al general Nuogo a su lucha.

El combate se entabló al sur de las islas Azores, por un lado, y frente a Guinea Ecuatorial, por Otro. El resultado no pudo ser más desastroso para ambos bandos.

Los medios técnicos y científicos empleados por los buques superaban con mucho todo cuanto pudiera imaginarse. Las naves, se hallaban a considerables distancias, detectándose por medios electrónicos, cuando ya los gigantescos proyectiles surcaban el aire. Las correcciones se hacían en vuelo.

Cada carga explosiva era un blanco aniquilado. No existía el error. Las cámaras instaladas en los satélites mostraban perfectamente el objetivo.

Y de aquel modo insensato y despiadado, ambos bandos se fueron aniquilando, hasta que sólo quedaron algunos navíos contaminados de radiactividad, cuyos tripulantes no se podían considerar vencedores de la contienda, ¡sino víctimas sin esperanzas de salvación!

El resultado de aquel combate estaba previsto.

Jacques Depuis fue informado de la muerte del general Nuogo

sólo tuvo unas palabras de sentimiento hacia el: «Fue un valiente.» Acto seguido, ordenó a una pequeña flota de reserva, situada en las islas Canarias, que se hicieran a la mar con el propósito de ocupar militarmente Sábrix y desposeer de su cargo al general Nurvi.

También, el Principal Elegido africano envió un mensaje a Nurvi, diciéndole:

«Las gloriosas fuerzas de la Federación Africana han triunfado contra la agresión oriental. Ruego a usted que no trate de oponer resistencia a las fuerzas de ocupación que envío a Sábrix. Se tratará a usted y a todo el personal técnico con corrección. Firmado, J. Depuis, Principal Elegido del Parlamento Africano.»

—¡Nos tratarán con corrección! —exclamó Ives Martínez, que paseaba a grandes zancadas por el despacho principal de Sábrix—. ¡Habla por el amor de Dios, Paam!

Sentado en una silla, abrumado, Paam Nurvi no levantaba los ojos del suelo.

—El Primer Ministro Tanaika Yabuki, después de ensangrentar el mundo, ha optado por quitarse de en medio. Tú, para demostrar que puede más la razón que el corazón, has aniquilado a su hija… Cien millones de seres acaban de sucumbir en una maldita contienda.

»¿Y crees que me importa esa chica? ¡Lo único que te pido es que asumas el mando de Sábrix! ¡Todo el consejo científico y técnico te lo pide! ¡No nos interesan tus reacciones psíquicas, sino lo que hay de útil para el mando en tu cerebro!

—No, Ives; déjame —musitó Paam Nurvi—. No vale la pena seguir luchando. ¡No merecemos sobrevivir en otro mundo…! ¡Estamos condenados al exterminio!

—¡Jamás! —repuso, Martínez—. Esta contienda nos ha ayudado mucho. Tú mismo me dijiste que era conveniente para realizar la selección natural.

—Sí, es cierto. Pero mi situación ha cambiado. Yo no quiero seguir viviendo. Regresaré al Nepal.

La puerta se descorrió y entró Anghely, la cual miró brevemente al abatido Paam Nurvi:

—Señor —dijo, mirando a Ives Martínez—, la torre de vigilancia

informa de la proximidad de seis embarcaciones rápidas con bandera africana. Se ha recibido un mensaje.

—¡Es el fin! —exclamó Ives Martínez—. Sí no quieres ayudarme, entregaré Sábrix al vencedor.

—¡No! —gritó Paam Nurvi, de pronto—. ¡Los vencedores somos nosotros! ¿Es que no lo comprendes?

CAPÍTULO IX

Las primeras fuerzas de desembarco que lanzó el general Nuogo sobre el cosmódromo de Sábrix habían sido contenidas por las fuerzas del Servicio de Control y Vigilancia Exterior, al mando del capitán Ramsey y otros oficiales, gracias a la ayuda, que el ingeniero jefe, Joop Doods, les facilitó enviándoles dos mil hombres de los talleres, a los que facilitaron armas y máquinas destructoras todavía no instaladas en las naves.

Al quedar aislados, en un extremo de la isla, los invasores africanos trataron de resistir, esperando lo refuerzos que les habían prometido. Pero las Flotas Oriental y Africana habían sucumbido y nadie les prestó socorro.

El desánimo cundía entre aquellos hombres, que incluso, pensaron en rendirse. Este desfallecimiento lo aprovechó Paam Nurvi para convencerles de que era inútil seguir luchando.

Por medio de grandes altavoces, Paam, Nurvi dijo a los combatientes:

—Oídme, vuestra causa está perdida. El general Nuogo ha muerto. La flota no os ayudará. Y si el Principal Elegido envía alguna nave contra nosotros, disponemos de ciento doce astronaves que con el simple aliento de sus reactores os abrasarán.

»Deponed, pues, las armas y entregaos. No os causaremos ningún daño, Os uniréis a nosotros y seréis seleccionados, junto con el resto de la Humanidad, para tener opción al viaje de Nekrax.

Esta declaración desconcertó a los hombres. Fue preciso que un servicio de información diera toda clase de explicaciones de toda la verdad, para que pudieran comprender lo que había ocurrido y qué fue lo que provocó la guerra.

Paam Nurvi, con gran regocijo de Ives Martínez, había vuelto a ocupar su puesto detrás de la mesa de control. Anghely Ahmed, muy grave, sin embargo, estaba en la secretaría, actuando eficaz e intensamente.

Mientras las tropas desembarcadas se entregaban y las embarcaciones rápidas se aproximaban a Sábrix, Paam Nurvi pidió:

—Quiero una comunicación directa con El Cairo.

—Sí, señor. Trataremos de establecerla.

—Deseo prioridad absoluta. Quiero hablar con el Principal Elegido.

En otras circunstancias, Jacques Depuis se habría negado a escuchar a Paam. Pero cuando supo que éste quería hablarle, accedió a conferenciar por fonovisión.

Así, las conexiones se establecieron en pocos segundos.

—¿Cómo está usted, Mr. Depuis? —preguntó Paam Nurvi, serenamente, al ver al poderoso jefe africano.

—Bien, general Nurvi. Siento que no haya hecho caso a mis mensajes.

—En las circunstancias actuales no podía inclinarme a favor de nadie. Además, también en Sábrix hemos tenido nuestra pequeña guerra privada.

—¡Yo no he provocado el conflicto! —exclamo Depuis con gesto despectivo.

—Lo sé. Todos hemos sido víctimas. Pero Tanaika Yabuki ha muerto y ha pagado sus delitos, si los tenía. Usted, en cambio, ha tratado de aprovecharse de la situación. Los americanos, en cambio, han pagado muy caro el haber confiado en Yabuki.

—América no está destruida del todo. Tenemos noticias de que hay supervivientes. En vista de lo ocurrido, creo que lo más conveniente es aglutinar todo el mundo bajo un solo gobierno. La ley de la fuerza me da ese derecho.

—Siento no estar de acuerdo con usted, Mr. Depuis —replicó Paam Nurvi, sonriendo—. No conozco más ley que la establecida en Jamaica.

—¡Aquellos acuerdos fueron un fraude, como ha quedado demostrado plenamente! —exclamó Jacques Depuis.

—Es evidente. El defraudado ha sido el Parlamento Americano, porque usted estaba preparado.

—¡Mi deber es no fiarme de los demás!

—Pues mire, señor, yo vine aquí fiándome de todo lo convenido allí. Realicé mi trabajo como se me pidió y aquí está la prueba. De haber sospechado lo que iba a resultar, puede tener por seguro que mi actuación habría sido otra.

—¡No tengo por qué escuchar insolencias de usted, general Nurvi! ¡Le exijo que entregue el mando de Sábrix a mis representantes! ¡Somos la potencia vencedora y se lo puedo

demostrar!

—Escuche, Mr. Depuis, nadie… ¡óigalo bien!… nadie tomará Sábrix para utilizarlo en beneficio propio. ¿Queda esto claro? Antes, prefiero destruir todo cuanto hemos hecho.

En la pantalla polícroma, de perfecta nitidez, surgió la lividez en el semblante del gobernante africano.

—¡No! ¡Usted no puede hacer eso, general Nurvi!

—¿No? ¡Intente atacarnos y lo verá! Además, permítame decirle algo. Dispongo de ciento doce potentísimas naves espaciales. Tengo hombres suficientes para poner en funcionamiento a diez o doce de ellas y lanzarlas sobre El Cairo. ¿No me cree? ¡Vaya si soy capaz!

»Pero estoy seguro de que no lo haré, porque usted va a reflexionar y decidir lo que más nos conviene a todos. ¿Me entiendo?

—¿Qué quiere usted decir, general Nurvi?

—Atiéndame. Todos los habitantes que han quedado en el mundo han de ser sometidos a una clasificación inmediata, sin distinción de edades. Todos los menores de diez años, sin excluir a ninguno, tendrán sitio preferente en las naves.

—¡Eso es absurdo! ¡Hay dos o tres millones de niños en la actualidad!

—En tal caso, se eligirán sólo astronautas para conducir las naves. Esos niños viajarán solos a Nekrax. Todos los demás permaneceremos aquí hasta el fin, llegue cuando llegue. ¿Me ha comprendido?

—¡Me opongo a esas imposiciones! ¡He recibido un mensaje de Kozo Kamura y está conforme en que establezcamos un acuerdo…!

—No hay acuerdo, Mr. Depuis. Yo he construido las naves y yo dispongo de ellas. Establezcan los acuerdos que quiera. Dispongo de pilotos para todas ellas. Me comprometo a que se alojen en las «Long Ranges» hasta tres millones de niños. Si hubiera lugar para más, porque dudo que haya tantos pequeños en este mundo, se, seleccionarán los más jóvenes, más aptos y mejores, sin distinción de razas.

»Ese fue el espíritu de la conferencia de Jamaica y así se hará. Si está usted de acuerdo o no, me tiene sin cuidado. Y si trata de reagrupar fuerzas para atacarnos, las naves actuarán enérgicamente contra usted y Kozo Kamura.

»Nada más, Mr. Depuis. Es cuanto tenía que decirle. Reflexione y déme una respuesta inmediata.

* * *

Anghely Ahmed Ali echó los brazos al cuello de Paam y exclamó:

—¡Has estado maravilloso, Paam!

Él la miró con ojos tristes.

—Es lo más justo —musitó—. Los niños saldrán adelante en Nekrax si tienen buenos maestros que los cuiden y los defiendan. Crecerán en lugares seguros, que puede ser dentro de las naves, hasta que puedan construir sus ciudades.

»Allí tendrán agua, aire, Alimentos naturales. Deberíamos sentirnos orgullosos de enviar a nuestros hijos a los lugares saludables.

Anghely frunció el ceño y musitó, sin que su semblante delatase en qué estaba pensando:

—Nosotros no tenemos hijos, Paam. Tú no has querido casarte conmigo.

—No te importe. Ha de haber gente para todo. Unos luchan para que otros vivan. Eso hemos hecho nosotros: luchar para salvar algo de la Humanidad. Yo quiero que sea lo más valioso.

—¿No temes que esos niños hereden hábitos perniciosos allá donde vayan? La herencia genética va con ellos.

—Seleccionaremos sus maestros y guías. Eso es lo más importante. Si esos hombres no les educan bien, la civilización que inicien en Nekrax será fatal. A nosotros, sin embargo, no debe importarnos ya. Habremos cumplido con nuestro deber.

Anghely recordó a Marjie y se entristeció.

—Tengo trabajo. Perdona.

Ives Martínez llegó en aquel momento, diciendo:

—Las naves continúan allí, sin acercarse. He preparado las tripulaciones de las naves uno a veinte. Son nuestros mejores pilotos.

—No será necesario emplearlas, Ives. Ya lo verás, Mi ultimátum ha sido enérgico.

—¿Lo aceptarán?

—No tienen otra solución. Quiero que divulguéis mi propuesta a todo el mundo, que la gente Sepa lo que ocurre y lo que deseo hacer… ¡Ah, Anghely, aguarda! Hay algo más.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, sobresaltándose.

Parecía como si intuyera lo más terrible e importante, que aún estaba pendiente y de lo que no se había hablado, porque los acontecimientos transcendentales lo habían impedido.

—Debe facilitarse una nota a la información pública sobre el asesinato de Marjie Yabuki.

Tanto Ives Martínez corno Anghely palidecieron.

—Deberíamos dejar eso… Tú eres el jefe indiscutible de aquí —habló el comandante de la S.C.V.E., vacilante.

—¡Es imposible! ¡Ni siquiera a mí se me puede tapar un acto semejante! ¡El público tiene derecho a saber lo que he hecho! En su día, me someteré a juicio legal, para que se establezca mi propia culpa.

—¡Paam, no hables así! —exclamó Anghely, con lágrimas en los ojos—. Yo te advertí contra ella.

—Tú no sabías lo que estabas diciendo —dijo Paam, poniéndose en pie—. No ella tampoco lo sabía… Habláis, habláis, y todo es hueco, sin sentido… Dile a la información que Marjie me retó, incitándome a matarla. Si no lo hubiera hecho, ahora no estaría de nuevo aquí dando órdenes.

Tuve, que hacerlo, asumiendo mi propia responsabilidad.

»Marjie Yabuki era muy parecida a su padre: despótica, exigente, audaz, temeraria y ambiciosa. Quería doblegar mi voluntad, dominarme, convertirme en un ser mezquino, inútil y despreciable.

»Y estuve a punto de sucumbir, no lo niego. Por eso te digo, Anghely, que en parte, tuviste razón al querer apartarla de mi —Paam Nurvi, dramáticamente, se dejó caer en su asiento—. Dios nos libre de las terribles dudas de la mente, de la locura y las tinieblas de la razón.

»Me tentó hasta el extremo de estar a punto de sucumbir. Quiero ser sincero, Ives Martínez. ¿Imaginas lo que habría ocurrido?

¡No quiero ni pensarlo! —confesó honradamente el otro—. Yo no habría podido hacer nada aquí.

—No digas eso. Tienes la razón de la justicia, Ives. Habrías

hallado fuerzas y energías en alguna parte. Pero yo sé que esperabas mi ayuda.

»Y ella, Marjie Yabuki, esperaba someterme. ¡Pobre infeliz! ¿Cómo iba yo a sacrificar la supervivencia de la Humanidad? ¿Es que acaso los hombres pueden mover las montañas, con fe o sin ella?

»No, amigos míos. Mi cerebro estaba ya turbio. Pero en mis manos había voluntad inflexible. Y cuando ya había cedido en todo, cuando se consumó la renuncia incluso de mi cerebro, ¡mis manos asieren su garganta y la apretaron hasta arrancarle la vida!

»¡Murió mirándome, sin comprender, porque ya se creía la dueña de mi voluntad!

Ives Martínez y Anghely se estremecieron. Jamás habían escuchado una confesión tan impresionante como aquella. Y ambos eran muy capaces de comprender la verdad. Los hechos y la realidad confirmaban la confesión de un hombre férreo e inflexible.

—Después, me rehíce. No se puede comprender lo que mi acto significaba. No puede haber justicia imparcial para mí. No pertenezco a la clase de hombres que los jueces pueden comprender… Soy un general en acto de servicio.

—¡No deberíamos siquiera hablar de eso! —exclamó Ives Martínez rehaciéndose. A nadie interesa ese hecho, en medio de la contienda que nos rodea.

—¡Claro que interesa! —gritó Anghely, de pronto, al percibir con toda claridad el sentido oculto de las palabras del hombre que amaba—. ¡Y deben saberlo todos! ¡Marjie era un enemigo más de la Humanidad! ¡Si ella nos lo hubiera quitado, ahora estaríamos desamparados, sin nuestro verdadero jefe!

—Sí, pero mucha gente no lo entenderá.

—¡No importa que lo entiendan! ¡Es la historia la que habrá de juzgar sus actos! ¡Yo lo diré, Paam! ¡Se divulgará en todas partes, y realzaremos la figura de Marjie para que todos sepan la terrible lucha que has tenido que sostener con ella, a fin de vencer y poder volver a tu puesto!

»¡Lo diré en todas partes, a gritos!

***

El Principal Elegido, de Oriente, Kozo, Kamura, era un personaje débil, quebradizo, que Jacques Depuis quería doblegar, y que habría conseguido hacerlo, si la violenta razón, ¡la poderosa razón de Paam Nurvi!, no se hubiera interpuesto.

El éter difundía por todas partes la información remitida desde Sábrix.

»!El general, Paam Nurvi revela, el infame e inconfesable pacto de Jamaica! ¡Los Principales Elegidos han sido traidores de lesa Humanidad! ¡Las naves espaciales de largo alcance que se construyen secretamente en Sábrix estaban destinadas para evacuar a los altos dignatarios y a sus amigos, mientras el resto de la Humanidad se quedaba en esta tierra agonizante! ¡El general Paam Nurvi quiere que se salven sólo los niños, para que formen una nueva conciencia humana en un mundo lejano, llamado Nekrax!»

Estas informaciones eran captadas por los aparatos de radio y televisión, causando una intensa excitación en las gentes, especialmente en las de El Cairo y Pekín, sedes respectivas de los Parlamentos Oriental y Africano, a consecuencia de lo cual fueron asaltados éstos y exterminados todos los dirigentes políticos, en una sangrienta orgía de muerte y venganza.

Los cuerpos de policía estatal no pudieron contener la masa de ciudadanos desesperados y enloquecidos que saltaron a los túneles, empuñando toda clase de armas.

Se habían difundido noticias de las terribles luchas entabladas y no se omitió el ataque artero que Tanaika Yabuki ordenó contra las principales ciudades americanas.

Las consecuencias de aquellas luchas fratricidas fueron exterminadoras. En Pekín, las hordas vociferantes mataron a miles de altos personajes. A cambio de ello, la fuerza pública ocasionó tres millones de bajas. Hubo que evacuar la población subterránea y bloquear los accesos, convirtiéndose la populosa metrópoli en un enorme cementerio de cadáveres insepultos.

Pero El Cairo no corrió mejor suerte. La multitud, avanzando palmo a palmo hacia el palacio central, dejaba una alfombra de muertos sobre las calles, al estrechar el cerco en torno a la policía y el ejército. Pero éstos no pudieron contener el avance y, al final, huyeron, tratando de refugiarse en el palacio del gobierno, que fue incendiado, pereciendo en su interior hasta el Principal Elegido, con

todos sus defensores y gobernantes.

Cuando las llamas hicieron presa en la planta baja, muchos de aquellos dignatarios se arrojaron por las ventanas, sobre la vociferante muchedumbre. Y su muerte fue peor que si hubieran perecido abrasados.

Luego, todos se lanzaron al saqueo y al pillaje. El Cairo, por orden de Paam. Nurvi, hubo de ser bloqueado desde el exterior, cerrándose el túnel que lo comunicaba con Europa y los grandes pasos subterráneos que conducían al resto de África.

El resultado de aquellas sangrientas y vengativas luchas, fue la muerte de doce millones de seres humanos, muchos de los cuales habrían podido aspirar a la salvación en otro mundo.

Paam. Nurvi, en Sábrix, fue informado detenidamente de lo ocurrido. La Comisión técnica, reunida en Cádiz, le envió un mensaje, en el que decían:

«Esta Comisión, considerando la locura que se ha abatido sobre nuestro infortunado mundo, ruega a usted el acepte cargo de Mandatario Supremo de la Tierra y disponga de todos nosotros para lo que estime conveniente. Encontramos acertada la medida de evacuar a todos los niños, separándolos de sus madres, sin titubeos. Esas criaturas deben ignorar lo que ha ocurrido en los últimos momentos de nuestra deplorable historia de egoísmos y luchas.

»Organizaremos expedición de niños a Sábrix. No encontramos dificultad alguna en que se inicien las salidas de las naves hacia Nekrax. Le saludamos y nos ponemos a sus órdenes. J. Ismaka Jefe Técnico.»

Paam Nurvi, por su parte, había hecho entrar en puerto a las embarcaciones rápidas enviadas por Jacques Depuis, cuyos capitanes se pusieron a las órdenes del nuevo jefe.

—Estamos enviando mensajes a todo el mundo.

Hemos de colaborar, como sea, en paliar las consecuencias del desastre. Pero queremos que los niños empiecen a ser enviados por todos los medios que se encuentren. Ustedes deben colaborar, con los pilotos de la aviación de transporte.

»La Operación "Liber" ya está en marcha.

El fantástico clamor de la Humanidad se alzaba ya al cielo. Eran más de trescientos millones de voces que pedían ayuda a Dios para que el Mandatario Supremo de la Tierra, general Paam Nurvi, pudiera llevar a cabo sus altruistas propósitos.

La consigna por todas partes era:

«¡Nuestros hijos formarán una nueva civilización! ¡Quien nos dirige ahora, el general Nurvi, sólo quiere salvar a los niños; ni siquiera piensa en su propia salvación!»

CAPÍTULO X

La última astronave gigante, la soberbia «Astral Queen», que pilotaba el ingeniero jefe Joop Doods, rugió en su silo metálico y salió impulsada hacia el cielo, trazando una majestuosa parábola antes de perderse de vista en el firmamento, pocos segundos después.

Desde la torre de Sábrix, bajo la cúpula semiesférica y presurizada, Paam Nurvi, presenció aquel espectacular despegue. Junto a él estaba Anghely Ahmed Ali, con lágrimas en los ojos.

—¡Suerte, Joop! —deseó Paam fervorosamente.

En aquel instante, un altavoz vibró sobre el tablero. La voz impersonal de Raymond, dijo:

—Se ha ido la última astronave, señor. Lleva a bordo seiscientos niños y tres mil ciento doce monitores.

—Sí, Raymond. Lo sé. Ha sido una lástima no poder enviar más niños a Nekrax.

—Esos hombres y mujeres fueron seleccionados entre los mejores —habló Anghely—. Con ellos va Ives Martínez.

Paam Nurvi no respondió.

Se había hecho un profundo silencio después del rugido de la nave al despegar de su silo magnético. Ahora, los lazos estaban rotos. En la Tierra quedaban trescientos sesenta y nueve millones de seres condenados.

¿Qué harían?, pensaba Paam Nurvi.

Sabía que muchas comunidades se habían reunido para rezar en grupos. Otros trataban de unir sus esfuerzos para crear naves espaciales, capaces de alcanzar las estrellas. Paam Nurvi sabía que no le quedaba tiempo para poder hacerlo. El programa del Proyecto «Liber» había durado casi diez años. A la Humanidad le quedaban meses, según declaraciones públicas del profesor Richard Toole.

»—¿Por qué no tratamos de construir más naves, aquí, en Sábrix? —había preguntado el consejero Renzo Hauser.

»—Usted sabe que no disponemos de más medios. Todo lo hemos empleado en esas ciento doce naves —fue la respuesta de Paam Nurvi.

Rento Hauser confesó abiertamente que tenía miedo a morir.

»—¿Y cree usted que yo no lo tengo? —fue la respuesta de Paam Nurvi—. Y, sin embargo, me quedo.

Nadie hubiera reprochado el que Paam Nurvi tomase una de las naves y se fuera a la aventura del cosmos. Pero si tal hubiera hecho, su nombre habría sido maldecido.

El jefe se quedaba. Esto era humano. El mundo entero lo comprendió. Por si fuera poco, Paam explicó a los medios informativos su proyecto:

»—Poseo un refugio colgado en las altas cumbres del Himalaya. Hace algunos años que lo hice construir. Tengo el propósito de irme allí, con Anghely Ahmed, y terminar mis días en aquellas cumbres heladas.

»Sé que no hay vida para mucho tiempo. Pronto empezaremos a caer más aprisa. Ni siquiera dará tiempo de enterrar a los muertos. La contaminación radiactiva, producida por la última y desesperada contienda, está acelerando el fin.

»Me gustaría que todos tuviéramos conciencia de esta gran verdad. La muerte no debe asustarnos ya. Como últimos representantes de la Humanidad, debemos pensar en los que nos precedieron, cuyas almas deben estar aguardándonos en el reino de Dios.

»Nuestros hijos hallarán un mundo nuevo, tendrán una civilización nueva, una nueva historia humana. Recemos para que sea mejor que la nuestra y sus monitores inculquen en ellos el amor a la verdad, a la justicia y a la fraternidad.

»Les hemos ofrecido una buena oportunidad a esos chicos. Confiemos en que sepan aprovecharla.

»Dejad ya de trabajar, si os place. Abandonar vuestras obligaciones, a menos que ello os sirva de distracción. Hay alimentos para todos durante el tiempo que nos queda de existencia.

»Creo que muchos de vosotros habréis soñado alguna vez, como yo, en realizar algo importante o, al menos, distinto de lo que habéis estado haciendo habitualmente. Este es el momento de realizar este proyecto jamás llevado a cabo.

»Todo cuanto hay en este planeta moribundo es nuestro. Se nos va el aire, se nos secan y pudren los mares, la vegetación nos abandona. No importa. Gozad de la vida, que ya es breve. Creo que

deberíamos morir con una sonrisa en los labios, cantando…

Paam Nurvi dejó de evocar y se volvió a su compañera, a la que miró sus rasgados ojos oscuros.

—¿Bajamos, Anghely? Ya no tenemos nada que hacer aquí.

—Lo que tú digas. El avión está dispuesto. Algunos me han pedido que los llevemos con nosotros al Himalaya. Te adoran, Paam, y no quieren separarse de ti.

Él se sorprendió.

—¿Quiénes son ésos?

—Cyrille, el capitán Ramsay, el doctor Gallard…

—No. Lo siento, Anghely. No puedo llevarles. Lo que nos queda de vida sólo nos pertenece a nosotros. Pueden quedarse aquí y creo que vivirán más tiempo. Los acondicionadores son modernos. Si reducen el consumo de oxígeno, no me extrañaría que llegaran a viejos. En el mundo todavía quedan reservas.

—¿Y por qué no nos quedamos nosotros, Paam? ¡Sería maravilloso vivir aquí junto a nuestros amigos, en una comunidad entrañable!

Él sacudió la cabeza.

—Tuve un sueño, Anghely… Estaba en mis montañas, bajo el cielo azul, sin ruidos, ni máquinas, tú y yo solos.

—Está bien. Contigo, Paam, donde sea. Vámonos.

Se dirigieron al ascensor y penetraron en la cabina. Instantes después, descendían hacia la base de la torre, para equiparse adecuadamente y emprender el viaje último y definitivo.

* * *

Sin embargo, y posiblemente porque el arrepentimiento de la atribulada humanidad llegó hasta las regiones celestiales, el milagro empezó a producirse poco tiempo después, cuando Paam Nurvi y Anghely ya estaban viviendo en el impresionante paraje nevado de las altas cumbres del Himalaya.

Ellos no se dieron apenas cuenta, aunque sí vieron las negras nubes deslizarse sobre las cumbres.

De pronto, inesperadamente, se había puesto a llover. Y lo hizo en todas las regiones del globo, tanto en el hemisferio sur como en el norte. Llovió de modo torrencial durante muchos días, y pareció

como si el agua purificadora arrastrase consigo los residuos nocivos de la contaminación.

Después, sin testigos, allá en las altas esferas de la atmósfera, se produce otro misterioso fenómeno, con el que los sabios meteorólogos no habían contado. Se estabilizaron los estratos superiores. El ozono, el helio, el hidrógeno, el nitrógeno y el oxígeno, componentes de la atmósfera, cobraron —sentido de responsabilidad» y se comportaron con «decoro».

De pronto, el oxígeno dejó de escaparse al espacio, volviendo a descender poco a poco, como atraído por una tierra que prometía restablecer su equilibrio ecológico.

Y el milagro empezó a producirse lenta y paulatinamente.

Siguió lloviendo. Las aguas arrastraron todo el polvo y la basura hacinada entre las ruinas de las grandes ciudades. Los mares recobraron su primitivo nivel… ¡Y se limpiaron los ríos, aunque, al principio, sus aguas bajaron turbias y terrosas, arrastrando consigo gérmenes nocivos que habían permanecido en la tierra durante años!

En las altas cumbres del Himalaya, estos fenómenos naturales pasaban inadvertidos para la pareja solitaria que habitaba el moderno y bien acondicionado refugio.

El ex general Nurvi se había dejado crecer la barba, pasaba el tiempo leyendo o escuchando música, y ella preparaba los alimentos que tomaban cada día, de la bien provista despensa. Por las noches, tendido uno junto al otro, en el más maravilloso silencio del mundo, podían oír los latidos de sus corazones.

—¿Qué estará ocurriendo allá abajo? —preguntó un día Anghely.

—No lo sé… ¡Ni me importa!

—La radio está en la bodega. ¿Quieres que la ponga?

—¡No! Prefiero ignorar la tragedia. Ya he hecho mis planes. A.A.A. Tú no te preocupes, porque no te enterarás de nada. Luego, te acompañaré en el viaje eterno.

Sin embargo, un día, asomada a una de las ventanas, cuyos cristales térmicos no se empañaban de escarcha, Anghely vio brillar el sol y los rayos de luz acariciaron su piel de un modo inefable. Tuvo la imprecisa sensación de que el sol volvía a tener vida diáfana.

Paam le había prohibido salir al exterior sin equipo térmico y sin máscara de oxígeno.

Pero Anghely, presintiendo o intuyendo que algo extraño ocurría en la atmósfera, decidió contravenir las órdenes de él. Sólo por simple curiosidad femenina, y durante un instante, se decidió a descorrer los pestillos de seguridad.

Lo hizo casi con nerviosismo. Instintivamente, contuvo la respiración, como si temiera caer fulminada por el enrarecimiento del aire. Sin embargo, Anghely percibió algo fresco, vivificante, que pereció revivir sus pulmones, habituados ya a un extraño aire artificial.

Cerró la ventana apresuradamente y fue al despacho, donde Paam estaba leyendo.

—Querido, escúchame…

—¿Eh?

—He cometido un delito y he comprobado algo extraño… El aire exterior es respirable.

Él sonrió y exclamó:

—¡Por supuesto que sí, A.A.A. ¡Estamos en el techo del mundo. Aquí todavía queda oxígeno. Pero ¿hasta cuándo?

—No quiero decir eso, Paam —dijo Anghely excitadamente—. Algo ha cambiado… Tal vez a causa de las lluvias… El sol tiene calor. El aire es más…

—No te inquietes, Anghely. Son impresiones. Luego, todo se desvanece, como en los sueños. Aquí estamos bien. ¿Qué te hace desear salir?

—Sólo el deseo de que nadie muera.

—Todos hemos de morir, tarde o temprano.

—Es que… Siento que algo empieza a latir en mi seno, Paam.

—¿Qué dices? ¡Eso no puede ser! ¡Te dije…!

—Paam Nurvi se puso bruscamente en pie.

Anghely bajó la vista al suelo y musitó:

—Perdón, esposo mío. No quería decírtelo. Te desobedecí y no tomé el medicamento. Es algo que no sé como explicarte. Yo anhelaba sentirme… Quería… ¡Perdóname!

Paam Nurvi se acercó a ella y la abrazó con ternura.

—Sí, querida. Te perdono. Tú querías ser mujer. Lo eres, inteligente y dulce. Pero te torturará la presencia de un hijo, si

viene, cuando sepas que estamos condenados irremisiblemente.

—El corazón me dice que mi hijo vivirá.

—¡Pobre Anghely! —exclamó él, acariciando los negros y sedosos cabellos de ella—. No sueñes demasiado.

Sin embargo, hasta el propio Paam hubo de admitir, días después, mirando hacia los valles, que el aire parecía haber cambiado.

—Es raro, Anghely. Parece como si me hubieras contagiado de tu ilusión. ¿Pues no me ha parecido que…?

—El aire del exterior es respirable, Paam —declaró Anghely.

—¿Has vuelto a abrir la ventana?

—Sí. Y me he sentido mejor. ¡Hazlo, Paam! ¡La atmósfera aquí está limpia y el aire es puro!

—Hoy es un día indiscutiblemente diáfano y claro. Puede ser debido a las extrañas lluvias de los meses pasados. Pero no te hagas ilusiones. Está comprobado que el oxígeno se nos escapa de la atmósfera. Dentro de un año, o tal vez más, no, quedará nada. Y entonces…

Paam Nurvi se detuvo. Alzó la cabeza y escuchó. Anghely hizo lo mismo. Ambos acababan de escuchar un ruido insólito fuera de la vivienda, en el cielo.

¡Era el sincopado y monótono batir de un helidisco!

El ruido se cernió, durante unos momentos, sobre la casa. Luego, lo oyeron aumentar de intensidad como si estuviera descendiendo hacia el lado de la plataforma, junto a la que Paam había hecho construir la vivienda.

—¡Se detiene en la atalaya! —gritó Anghely, echando a correr hacia la parte lateral del edificio, donde había una terraza cubierta.

Llegaron los dos al mismo tiempo. Y, desde la terraza, pudieron ver un aparato tipo «ala-giroscópica», que se posaba junto al hangar donde ellos habían dejado, meses atrás, un aparato semejante.

Pero las sorpresas no terminaron aquí. Del aparato se descolgó un hombre por la compuerta inferior, que emergió y se enderezó, mirando hacia la casa.

Y era un hombre cuyo aspecto resultó familiar a Paam y Anghely. Pero lo más asombroso era que no iba provisto de máscara de oxígeno. Vestía un jersey azul del ejército, con el distintivo de capitán.

—¡El capitán Ramsey! —exclamó Paam, de repente.

El oficial no venía solo. Dos hombres más salieron del helidisco. Miraron hacia la casa, cambiaron impresiones entre sí y luego, se dirigieron hacia el camino que conducía a la terraza.

Paam Nurvi y, Anghely ya estaban abriendo la puerta de cristales irrompibles. Fue Anghely la que gritó:

—¡Capitán Ramsey! ¡Aquí!

Desde abajo, el oficial y sus acompañantes saludaron con las manos. Luego, apresuraron el paso, hasta que se reunieron en un descansillo de la escalera hecha en la piedra.

—¿Cómo han encontrado este lugar? —preguntó Paam, sorprendido.

—Preguntándoselo a un antiguo satélite espía —respondió uno de los acompañantes de Ramsey, un sujeto delgado, de ojos hundidos y rostro cetrino.

—Permítame presentarle a estos caballeros, general Nurvi —habló Ramsey—. Éste es Charles Huygens, de Londres… ¿Conocía al profesor Toole?

—No, pero había oído hablar mucho de usted… Encantado de saludarles. Pero ¿a qué debo el honor? ¡No esperábamos…! ¡Mi esposa, Anghely!

—Hemos venido a buscarle, general Nurvi —habló Huygens—. Necesitamos de usted… ¿Ya se ha dado cuenta?

—¿Me necesitan? ¿De qué me he dado cuenta?

Huygens señaló al cielo.

—Se cerraron las grietas o fisuras de las capas superiores de la atmósfera— dijo—. Tenía que ser así, de lo contrario el universo no existiría. Hemos sufrido un período de desoxigenación atmosférica debido a un fenómeno provocado por las experiencias atómicas realizadas en los siglos pasados.

—No sé de qué me están hablando.

—Nuestro joven amigo quiere decir que la vida puede continuar sobre nuestro planeta, general —intervino el profesor Richard Toole —. Ni más ni menos. Dejemos los detalles técnicos para los entendidos.

—Pero…

—¡Oh, Paam! —gritó Anghely, llena de entusiasmo—. Mi hijo nacerá y vivirá.

Sin hacer caso a Anghely, Paam interrogó al capitán Ramsey:

—¿Por qué ha venido a buscarme?

—Se requiere su presencia, señor. Han habido muchas peticiones para que sea usted el jefe del Parlamento Mundial.

—¿Yo? ¿Qué daño les he hecho?

—El prestigio que goza usted entre los escasos habitantes de este atormentado mundo, general Nurvi, nos ha inducido a venir a buscarle. La humanidad necesita un jefe y hemos pensado en usted…

—¡Ah, eso sí que no! ¡Ya tuve bastante en Sábrix! ¡Ni hablar! Me alegro infinito que las condiciones atmosféricas hayan cambiado; ello me permitirá modificar mis planes de vida y tal vez vaya algún día allá abajo a ver como van las cosas.

«¡Pero que nadie espere que yo voy a tomar el mando de un gobierno, para decir a los demás cómo deben comportarse, porque no lo haré!

—General Nurvi, su gesto desinteresado le enaltece mucho —habló Ramsey—. Sin embargo, debo informarle de una circunstancia que tal vez usted ignore.

—¿Qué es ello?

—Lo población mundial ha quedado reducida últimamente a un número exiguo. Las lluvias han provocado muchos desastres, al inundarse gran número de ciudades subterráneas. Sólo se han salvado los que, en embarcaciones o en cumbres muy altas…

—¿Qué? ¿Ha habido un diluvio?

—Casi, señor. Creemos que no existen en la Tierra ni ciento cincuenta mil personas.

Paam, y Anghely quedaron sobrecogidos.

Al cabo de un rato, él dijo:

—Por favor, entren. Tomaremos algo y hablaremos más detenidamente de todo eso.

La historia que relató Charles Huygens, Ramsey y el profesor Richard Toole era sobrecogedora. Las lluvias inundaron regiones enteras del planeta. Se produjeron hundimientos continentales y emergieron tierras en el Océano Pacífico. Más de trescientos millones de seres habían perecido.

Sin embargo, los supervivientes, se encontraron con una Europa mucho más grande, comunicada directamente con África, que

parecía haber emergido más de treinta metros. América, por lo contrario, descendió considerablemente.

—Nos hemos reunido en lo que antiguamente fue la capital del Reino Unido. No carecemos de alimentos porque tenemos depósitos considerables. Por otro lado, las aguas se clarifican.

—Nadie ha olvidado su afortunada actuación y el envío de los niños a Nekrax —añadió el profesor Toole—. Queremos que sea usted el que asuma el mando de esta nueva civilización que empieza. Nos dedicaremos exclusivamente a la construcción de grandes naves interplanetarias para establecer contacto con Nekrax… ¡Parte de nuestra raza está allí!

Paam Nurvi quedó pensativo.

—Ciento cincuenta mil personas —murmuró, al cabo de unos instantes—. Es increíble… ¡La humanidad estaba condenada!

—No en su totalidad. El Creador nos ha dado la oportunidad de revitalizarnos. Estamos seguros de que ahora será distinto, si un hombre justo y enérgico nos dirige… ¡Todos confiamos en usted, general Nurvi!

—Sí, creo que no puedo negarme —replicó, al fin, Paam.

Anghely le echó los brazos al cuello, gritando:

—¡Tú eres el hombre que todos necesitan!

FIN